

RICARDO GIL

OBRAS COMPLETAS

LA CAJA DE MÚSICA

II

MURCIA
1931

RUIZ-FUNES

DMU

4186

36 478

BIBLIOTECA REGIONAL



1105121

R. 101.780

RICARDO GIL



OBRAS COMPLETAS

LA CAJA DE MÚSICA

II

MURCIA
TIP. SAN FRANCISCO
1931

PROCEDENCIA BIBLIOTECA
CARLOS RUIZ-FUNES

ES PROPIEDAD

LA CAJA DE MÚSICA

I

AL

EXCMO. SR. D. ALEJANDRO
HARMSSEN Y GARCIA

BARÓN VIUDO DE MAYALS, EXSEÑADOR DEL REINO, ETC., ETC.

De negro y blanco visten mis cantares,
como las pasajeras golondrinas.
De su hogar ha nevado en las ruínas
y buscan el calor de otros hogares...
Al tuyo llegan; no los desampares.

El condor, de la cimas soberano,
desdeña a los rastros voladores;
pero ellos, a la altura de las flores,
sin envidia le ven siempre lejano...
Mas cerca están del corazón humano.

Se han posado mis débiles cantares,
como las golondrinas, en tu techo.
Necesitan calor... Lo hay en tu pecho.
Visten de luto... No los desampares...
Tal vez traigan alivio a tus pesares.

II

PRELUDIO

Es humilde caja, no lira arrogante.
No esperéis que cante
de los altos héroes la inmortal pasión.
Es su voz endeble y algo quejumbrosa.
En ella reposa,
con tranquilo sueño, la vieja canción.

Como mueble inútil yace arrinconada;
pero, si os agrada,
el resorte dócil bastará oprimir:
rodará el cilindro y a su impulso blando
irán despertando
memorias que a veces hagan sonreír.

Vibrarán las notas de antigua sonata,
cual mazos de plata
que templado vidrio baten a compás,
y traerán tristezas de lejanos días
y esas alegrías
que después de muertas nos encantan más.

Ya con ritmo alegre, ya con tristes sonos,
las gratas canciones
que en la caja duermen, nuestra historia son.
Con su voz repiten, melodiosa y tierna.
esa trova eterna
que no por oída cansa al corazón.

Aires son ya viejos, aires conocidos;
volaban perdidos
y en sencilla caja yo los recogí.
Los cantaban niños, mujeres y flores;
pero los mejores
los cantó la Muerte sólo para mí.

Con su lira el Genio, por la gloria lucha,
y el aplauso escucha
de las multitudes que rindió a sus piés.
El cilindro sabe, girando en la caja,
que en vano trabaja:
silencioso olvido le espera después.

Pero poco importa si logra un instante,
como brisa errante

que al aroma trajo de lejana flor,
hacer que en sus notas de dulce cadencia
 palpite la esencia
de un recuerdo amado... ¿Qué gloria mayor?

Cantos son de niños, flores y mujeres.
Si al confuso estruendo del mundo prefieres
esa trova eterna que te haga soñar,
si en tus horas negras buscas el olvido,
a mi pecho inclina, Lector, el oído
y escucha... La caja comienza a sonar...

III

AGUAFUERTE

Las campanas tañidas por el viento
en la medrosa noche clamorean
con notas destempladas.

Cada vez que las ráfagas heladas
aullando por los claustros culebream,
reviven un momento
del hornillo las brasas moribundas:
y enrojecen la celda, con profundas
pausas de oscuridad, las llamaradas.

Centellean entonces, apiñadas
en las tablas pendientes de los muros,
retortas y vasijas numerosas

de hechuras caprichosas
e ignorado destino:
y ruedan por la mesa, mal seguros,
con los haces de hierbas prodigiosas,
los rollos de mugriento pergamino
llenos de ensalmos, cifras y conjuros.

Vuelve a la sombra todo. Solamente
junto a la boca del hornillo ardiente,
de las vivaces ascuas al reflejo
cálido y oscilante,
se destaca el semblante
del fraile gris enflaquecido y viejo.
Diríase que duerme, pues sus flojos
miembros con indolencia se desploman
en ancho sitio; pero a sus ojos,
en la penumbra de la cuenca hundidos,
de vez en cuando asoman
resplandores extraños,
y de sus labios secos y fruncidos
brota sordo murmullo.

Muchos años
ardió el voraz hornillo noche y día
esparciendo en redor negros vapores
cuyos acres olores
se aspiran en la celda todavía;
y con tenaz empeño
alimentado fué... ¿Qué audaz ensueño
perseguido al través de bruma vaga

torcer al sabio en su camino pudo
para que vea indiferente y mudo
cómo el hogar generador se apaga?

En el cráneo desnudo
del fraile, barrenado por la idea,
el vivo incendio arroja
movible mancha roja
como sudor de sangre que gotea...
¿En él que latirá...? Cábala hebrea
acaricia tal vez, de la que pende
prolongar el milagro de la vida...
Quizás, en su memoria adormecida
repasando el hermético tesoro
de signos y de fórmulas, pretende
cristalizar la luz en cubos de oro.
En su abstracción, acaso,
acecha en infinitas soledades
de los planetas el solemne paso.
sorprende conjunciones y ve luego
en curvas enigmáticas de fuego
escrito el porvenir de las Edades.
Parecen despertar fuerzas que duermen
bajo su cráneo y fermentar el germen
de algo que, con grandeza soberana,
su nombre hará brillar en lo futuro:
de algo que importa a la ventura humana.

Como de vivas inquietudes presa,
sus temblorosas manos, en lo oscuro,

extiende el fraile gris hacia la mesa:
descubriendo temor y sobresalto,
palpando va con torpe movimiento
heterogéneas cosas hacinadas
sobre la tabla...

Mientras, en lo alto,
las campanas tañidas por el viento
clamorean con voces destempladas
de la medrosa noche en la negrura...
y en los claustros las ráfagas heladas
aullan como hienas congregadas
en torno de reciente sepultura...

Encuentra, al fin, lo que buscó anheloso.
A su rostro arrugado y descompuesto
de horrible lucha asoman las señales:
vacilando medita;
pero vence un afán que misterioso
en sus ojos palpita,
y negros polvos de poder funesto,
con espantado gesto,
va mezclando en porciones desiguales
en un roto crisol que luego agita...
En él arroja brasa moribunda...

Con súbita explosión la estancia inunda
purpúrea claridad... Todo aparece
bañado en sangre; todo se estremece...

Y cruzan a legiones
por el ambiente aquel ensangrentado
sombras indefinibles
que, al pasar con violentas convulsiones,
dejan en pos gemido prolongado.

.

Más que nunca profundas y terribles
son las tinieblas. En el suelo inerte
ya el fraile tendido
e inclinada hacia él, sobre su oído,
— ¡Gracias!... — dice la Muerte.

IV

DE PASO

Sentime dominado por el hastío.
El camino era triste, largo el viaje...
pero al salir del túnel lóbrego y frío;
espléndido en colores surgió el paisaje.

Bajo un cielo sin nubes risueños prados,
espesos encinares, aguas tranquilas,
y, vibrando entre aromas, acompasados
cantares y campestre rumor de esquilas.

Y virgen campesina, de ojos serenos,
vi cruzar los zarzales ruda y hermosa,
llevando en sus redondos brazos morenos
de frutas y de flores carga olorosa.

Pasó con el cimbreo de esbelta palma:
siguiéronla mis ojos entristecidos.

—Venturosas las aves, murmuró el alma,
que en estas espesuras tejen sus nidos.

¡Feliz, dije, el que envuelto por tibio ambiente
de silencio, de aromas y claridades.

dolorosas heridas cerrarse siente
que enconaba la atmósfera de las ciudades!

¡La ciudad! A este nombre sentí el mareo
de la embriaguez y el tedio con que termina,
y distinguí el brillante relampagueo
que a la inocente alondra llama y fascina.

Llegó hasta mí un murmullo sordo y lejano
de lamentos y risas engañadoras,
y la ví coronarse como el pantano
de vapores que engendran fiebres traidoras.

Ante mí sus miserias, sus esplendores,
sus repugnantes vicios y sus grandezas
pasaron despertando viejos dolores,
removiendo en el alma turbias tristezas.

Allí, pensé, en la lucha del circo inmenso
si el éxito no alcanzan sobran virtudes;
pues solamente quemán impuro incienso
del éxito en las aras las multitudes.

Multitudes que dictan omnipotentes
su ley. Nunca las almas se ven mas solas
que cuando las arrolla con sus corrientes
ese mar clamoroso de humanas olas.

Tú, sí, Naturaleza, constante amiga,
tú sí que me acompañas; pero el destino
sólo de paso deja que te bendiga,
sólo de paso asomas a mi camino.

Y el camino aún es largo, largo y penoso...
Apacible retiro que por acaso
contemplo, ¿por qué brindas dulce reposo
al que verte no logra más que de paso?

Y tú también, doncella ruda y hermosa
con tu tranquilo aspecto, ¿por qué me dices
«viajero, aquí tu herida no es dolorosa,
tal vez aquí te aguardan horas felices?...»

Recordé un gabinete que con extraña
luz a través de sedas el sol alumbra,
y un ángel que allí teje, como la araña,
sus redes invisibles en la penumbra.

Por repugnantes heces sentí amargados
mis labios, y mis ojos de sombras llenos
buscaron en aquellos alegres prados
la virgen campesina de ojos serenos.

La vi lejos, muy lejos... y de repente
se perdió como sueño que se evapora,
a tiempo que arrancaba con estridente
silbido la incansable locomotora.

—Detén tu vuelo— dije— sólo un instante
¡oh monstruo que me arrastras y martirizas!...
Pero el monstruo impasible siguió adelante,
dejando en pos estela de humo y cenizas.

TENACIDAD

(AL POETA GRILO)

Entre los dos mi corazón un día
enterramos... ¿Te acuerdas?...
Tu delicada mano abrió la fosa;
tu pie menudo apisonó la tierra.

— ¡Bien muerto está!... — dijiste, y sin mirarme
te alejaste riendo.

— Descansa — murmuré — corazón mío,
descansa en tu sepulcro; ya era tiempo.

He pasado, al volver la primavera,
por el rincón aquel tan silencioso...
¡Oh corazón tenaz!... De él ha brotado!
una violeta azul como tus ojos.

VI

EL CONVIDADO DE PIEDRA

Vuestro vino apurad... Aún no ha llegado
ese huesped funesto.

Bebed... Pronto en la mesa el convidado
reclamará su puesto.

Estalle la canción, la loca risa
de notas prolongadas;
cantad, reid, pero reid aprisa...
¿No escuchais sus pisadas?

De esas flores que aún viven el aroma
gocemos un instante,
un instante no más, mientras asoma
su pálido semblante.

Los tiernos madrigales al oído
y el chispeante cuento
abreviad... Ya las puertas han crujido
del próximo aposento.

Laura, guardemos para ser felices
la sed no satisfecha.
Déjame, que al través de esos tapices
ya quizá nos acecha...

Me escucháis con burlona carcajada;
despreciáis mis temores,
y decís que defienden esa entrada
leales servidores.

¡Temeraria ilusión! A pesar vuestro
nunca estaréis seguros.
No hay festín sin el huésped que siniestro
se filtra por los muros.

Mirad... Las flores que la mesa adornan
se mustian lentamente...
Ya no reís... Los párpados se entornan
con languidez creciente.

De la canción los sonos apagados
vago sollozo imitan...
Los labios pierden su carmín, y, helados,
al beso ya no incitan.

No brotan ya del vaso cristalino
rosadas embriagueces...

El ánfora se agota: toma el vino
el sabor de las heces.

El narrador a terminar renuncia
la historia comenzada...

Las luces palidecen... Todo anuncia
del huesped la llegada.

En nuestros corazones esta sombra
del salón se condensa.

¡Vano placer! Mi labio ya te nombra
con repugnancia inmensa.

Y si aún tu nombre en el salón oscuro
disipa torvos ceños,
es pensando en aquel eterno y puro
que se adivina en sueños...

El placer por la tierra va de paso,
y el alma lo destruye
si lo detiene. ¿Detendréis acaso
rayo de luz que huye?

Como la noche tras la luz se lanza
en eterno viaje,
sobre las huellas del placer avanza
siniestro personaje.

Se enlazan como el eco y el sonido
en su volar ligero.

El placer va de paso y perseguido
por triste compañero.

Siempre acude a la cita el convidado:
jamás faltó a ninguna.

¿Ois? Es el rumor acompasado,
de su planta importuna.

Por vez postrera nuestras copas llenen
con la turbia ambrosía.

¡Levantadlas! Que brillen y que suenen
chocando con la mía.

A ese huésped tiránico y sañudo
hagamos los honores.

No negaban al César su saludo
los fuertes gladiadores.

¡Brindemos con el vino emponzoñado
que nuestra copa encierra;

brindemos, si, por el placer soñado
que no muere en la tierra!...

.
El huésped aparece... Todo acaba...

Oscuridad y frío,

y sueño, mucho sueño... Te esperaba...

Ya te conozco: ¡Hastío!

VII

TRISTITIA RERUM

A bierto está el piano...
Ya no roza el marfil aquella mano
más blanca que el marfil.
La tierna melodía
que a media voz cantaba todavía
descansa en el atril.

En el salón desierto
el polvo ha penetrado y ha cubierto
los muebles que ella usó:
y de la chimenea
sobre el rojo tapiz no balancea
su péndola el reló.

La aguja detenida
en la hora cruel de su partida,
otra no marcará.
Junto al hogar, ya frío,
tiende sus brazos el sillón vacío
que esperándola está.

El comenzado encaje,
en un rincón, espera quien trabaje
su delicada red...
La mustia enredadera
se asoma por los vidrios y la espera
moribunda de sed...

De su autor preferido,
la obra, en el pasaje interrumpido
conserva la señal...
Aparece un instante
del espejo en el fondo, su semblante...
Ha mentido el cristal.

En pavorosa calma
creciendo van las sombras... En mi alma
van creciendo también.
Por el combate rudo,
vencido al fin, sobre el piano mudo
vengo a apoyar mi sien.

Al golpear mi frente
la madera, sus cuerdas tristemente

comienzan a vibrar...
En la caja sonora
brota un sordo rumor... Alguien que llora
al verme a mí llorar...

Es un largo lamento
al que se liga conocido acento
que se aleja veloz...
En la estancia sombría
suena otra vez la tierna melodía
que ella cantaba siempre a media voz.

VIII

SUEÑA...

No despiertes aún... En los risueños
abriles tan cercanos a tu cuna
vas cabalgando al rayo de la luna
en el corcel nevado de los sueños...
Suelta la rienda de oro... Los pequeños
te atajarán con crítica importuna...
Déjalos qué, envidiando tu fortuna,
rían de tus quiméricos empeños.
De paso vas... Del éter estrellado
no descendas a un mundo miserable
que todo sueño en lágrimas disuelve...
¡Antes se pierda tu corcel nevado
en la noche callada, impenetrable,
de esa región de la que nadie vuelve!...

IX

EL RETRATO

(A J. JURADO DE LA PARRA)

La duquesita, sin lisonja, es bella
y un poco artista: su alma tomó vuelo
y hace tiempo que vive en una estrella,
la más lejana del impuro suelo.
De ingenuidad y de esquivéz modelo,
como altanera roca
mira impasible el mar que en ella choca;
sin turbarse recibe
del incienso la inútil oleada:
y es que adora en secreto, desde el cielo,
a un dichoso mortal que también vive
en esa hermosa estrella plateada,
y sabe que en secreto es adorada.

El es pintor de genio. Con locura
ama la duquesita la pintura,
y una noble igualdad de aspiraciones
aproximando fué dos corazones
que el mundo en vano separar procura.

Del laureado artista las lecciones
logró la duquesita encantadora,
y en presencia los dos de una señora
de cabellera gris y aire imponente
pudieron verse juntos una hora
en la mansión ducal, diariamente.
En ambos la pasión era discreta:
sentada frente al lienzo, en elegante
tocado y actitud algo coqueta
la discípula dócil y constante
escuchaba al pintor enamorado
que a su espalda, de pie, permanecía
con aire soñador algo estudiado...
Acaso al corregir la pincelada
inhábil o al fijar en la paleta
el color, se cruzaba una mirada
elocuente, insondable...
mas con tal corrección y cortesía,
que sin temor la anciana venerable
unos ratos rezaba, otros leía,
y dormitaba a ratos.

En busca de un Velazquez cierto día
pasaron al salón de los retratos.

Abundante y curiosa galería
era aquella de ilustres personajes:
si no mintieron al copiar los trajes,
todos desempeñaron por fortuna
los primeros papeles
en la humana comedia.

Bajo aquellos montones de oropeles
pudiérase estudiar sin duda alguna
nuestra Historia, a partir de la Edad Media,
Allí aceradas cotas, ondulantes
tunicelas brocadas, los justillos
de vellori con vivos rapacejos,
exageradas golas, guarda-infantes,
los amplios casacones, los tontillos,
las joyas de clarísimos reflejos,
los hábitos sencillos,
la púrpura de tonos deslumbrantes...
todo un tesoro, en fin, de indumentaria,
mezclado en confusión extraordinaria
con semblantes ya jóvenes, ya viejos,
ya alegres, ya formales,
de damas, de señores,
guerreros, magistrados, cardenales,
alguaciles mayores,
prelados abaciales,
virreyes y prioras y doctores,
y dos frailes y tres inquisidores.

Montado en el salón el caballete,
se descolgó el retrato de una abuela

no muy lejana, siglo diecisiete.
Maravilloso tipo
fué de altiva hermosura, y se recela
más de un cronista cándido y sincero
que así el cuarto Filipo
pensó y toda la corte;
pues, desde el Buen Retiro al Mentidero,
del rostro de esta dama,
de su donaire, su gracejo y porte
más que de su virtud habló la fama.

En el vasto salón, acompañados
como en familia por tan noble gente,
los dos amantes, siempre refrenados
por silencio prudente,
tuvieron su sesión: el esplendente
sol de Mayo en su luz los envolvía,
en tanto que la anciana gravemente
meditaba o dormía.

Y entonces sucedió ¡raro portentoso!
que en los cuadros aquellos las figuras
tomaron movimiento,
reluciendo en los cambios de posturas
las joyas, las bordadas vestiduras,
o las bruñidas piezas
de férreas armaduras,
y a los lujosos marcos un momento
se asomaron curiosas las cabezas...
Una señora de pomposas haldas

que adornaba su frente alabastrina
con brillador tembleque de esmeraldas,
lanzó al aire su voz, clara, argentina:
— ¡No me engañó!... Es mi undécima sobrina;
y copiar a su abuela se propone!...
— Pues escogió muy mal... ¡Dios me perdone!...
dijo un obeso fraile, acariciando
la tabaquera de oro.
Brotó un murmullo femenino y blando,
y las damas en coro:
— ¡Mal ha escogido!... — repitieron todas; —
mejor modelo hallar pudo sin duda!...
— ¡Pardiez!... ¡A nuevos tiempos nuevas modas! —
con voz cascada y ruda
exclamó, sacudiendo el ferreruelo
un viejo algo temblón: — ¿Qué hace ese mozo
que no besa su mano? ¡Vive el cielo,
que no han de condenarle por galante!...
— Hablaís tan sin rebozo,
con palabras tan vivas y tan francas... —
murmuró una abadesa que el semblante
recataba con luengas tocas blancas;
y el viejo respondióla reportado:
— Quise decir, señora, con el guante.
El fraile: — Perdonadme que os replique —
dijo: — en verdad los tiempos han mudado
y eso causa molesta pesadumbre
a mi señor y abuelo don Fadrique;
pero en lo de besar tenga paciencia,

y verá Vuecelencia
que se conserva aún esa costumbre...

Entre tanto, discípula y maestro,
llenos de sobresaltos y sonrojos,
ella ruborizada, él poco diestro,
se hablaban solamente con los ojos.
En aparente calma
iban manchando el lienzo de colores,
sordos a los retratos habladores,
pues mientras habla Amor dentro del alma
toda otra voz se apaga y desvanece.
Y en sus marcos decían las curiosas
damas con actitudes melindrosas:
— ¡No se parece aún!... ¡No se parece!...

¿Fué el sol de Mayo el que logró un instante
volver audaz al encogido amante?...
Mi Musa, aunque mujer, no ha descubierto
ese misterio aún; pero es lo cierto
que, al buscar un pincel casi perdido
en un ancho jarrón de malaquita,
por torpeza o descuido,
pusiéronse en contacto
con movimiento tardo y perezoso
las manos de los dos... Quiso en el acto
la suya retirar la duquesita,
y en aquella nevada
mano tan linda y breve.

el artista aplicó labio ardoroso...
Como al caer un ascua sobre nieve,
sonó leve chasquido...
No turbó de la anciana el dulce sueño...

Y del fraile el acento conocido
en las alturas murmuró risueño:
—Ya comienza a tomar el parecido!...

X

MEMENTO

Entre las hojas de un libro viejo
guardo unas flores viejas también;
flores y páginas amarillean
y en unas y otras suelo leer.

El docto fraile que escribió el libro
¡qué buenas cosas dice en latín!...
Ante el cadáver de aquellas flores,
¡qué de recuerdos brotan en mí!...

El libro dice:—Nada, en el mundo,
nada hay de cierto más que el dolor...
Pero las flores dicen.—¿Te acuerdas?...
Y el alma olvida lo que leyó.

Prosigue el fraile: — Dí, peregrino
que por la tierra cruzando vas,
en tu destierro ¿que te acompaña?
Rumor de lágrimas y oscuridad...

Oigo a las flores: — ¡Qué hermoso día!...
¿Recuerdas?... Ibas cantando tú
y ella riendo... y en el espacio
y en vuestras almas ¡todo era luz!...

El: — La hermosura, sombra que pasa...

Ellas: — Si; sombra que inspira amor.

El: — En la nube Dios puso el rayo...

Ellas: — Las flores las hizo Dios.

¡Oh docto libro! Yo te venero.
yo te consulto con ciega fe;
¡pero es tan triste lo que me dices!...
¡En tus palabras hay tanta hiel!...

Cuando en tus páginas amarillentas
mi frente inclino con ansiedad.
siento que en torno va anocheciendo
mis huesos hiela soplo glacial.

Por eso guardo como un tesoro
esas reliquias del bien que huyó...
Perdona ¡oh libro! mi cobardía
si en ellas busco luz y calor.

Perdona ¡oh libro! si algunas veces
cuando tus frases me hacen sufrir
oigo a esas flores decir: —¿Te acuerdas?...
y olvido al punto lo que leí.

XI

ESPERANZA

Con cuatro tablas negras labró la muerte avara
el ataúd estrecho, cerrado lentamente,
donde sus restos pálidos deposité yo mismo.
Abismo sin orillas ni fondo nos separa...
Con cuatro tablas negras he de formar un puente
que cruzará el abismo.

XII

LA RUECA

Enterremos la rueca. Vedla ociosa
frente al hogar colgada.

Ya la abuela con mano temblorosa
no hace girar el huso en la velada.

El gigante de hierro la ha vencido,
y en triste humillación su gloria trueca.
La fábrica sus hornos ha encendido.
Enterremos la rueca.

Ya del vapor atruena los talleres
el rugido imperioso,
y hombres robustos, débiles mujeres
son activos esclavos del coloso.

Pero no hay en sus rostros alegría
como ayer, cuando en plácido sosiego
la venerable rueca los reunía
junto al tranquilo fuego.

En torno de la rueca, iluminado
por las llamas ruidosas
del hogar, revolaba un matizado
enjambre de irisadas mariposas.

En torno de la máquina batallan
negros odios, anhelos y pasiones,
que van minando el corazón y estallan
en rudas explosiones.

Sin que agitara la ambición ardiente
su espíritu sereno,
la mujer a la rueca, tiernamente
como a un niño estrechó contra su seno,

La máquina voraz, pérfido lazo
tiende al incauto obrero; si traidora
por fin lo estrecha con mortal abrazo,
rugiendo lo devora.

Con miedo y con amor, monstruo fecundo,
te observo y te bendigo!...
Humilde rueca, ven; meditabundo
quiero darte mi adiós y hablar contigo.

Decirte quiero que tu oscura muerte
algo roba también al alma mía,
y que, besando tu cadáver, vierte
lágrimas la Poesía.

Y recordar que en tiempos ya lejanos
lograste por fortuna
te acariciasen con sus blancas manos
hermosas damas de altanera cuna.

Y en blasonado camarín oíste
a la esposa nombrar lejana tierra
hablando del ausente, y con voz triste
contar lances de guerra...

Ya el huso girador en las veladas
no voltea cual antes,
ni a su compás agitan las rimadas
tradiciones sus alas fulgurantes.

Enterremos la rueca: el más oculto
rincón busquemos, apartado nido
que no turbe jamás, como un insulto,
del vapor el silbido.

La catedral severa nos ofrece
su recinto callado...
la vieja catedral en que parece
vagár aún la sombra del pasado.

Busquemos en la nave silenciosa
la capilla más sola, más distante,
donde no haya más luz que la dudosa
de lámpara oscilante.

A donde llegue apenas el lamento
de remotas campanas;
donde vibre del órgano el acento
como un coro de voces muy lejanas.

Donde admirar se puedan, esculpidos
en los sillares toscos y desnudos,
nombres para la Historia conocidos
y gloriosos escudos...

Donde more la Fe, lo permanente,
lo que nunca vacila,
allí la humilde rueca eternamente
podrá, olvidada, reposar tranquila.

Y al traspasar del templo los umbrales
el fúnebre cortejo, con tristeza,
para verla, en sus lechos sepulcrales,
las antiguas estatuas señoriales
volverán la cabeza.

XIII

MARIPOSAS BLANCAS

Con la primer aurora
de la estación templada,
el aire azul se puebla
de mariposas blancas.

Entre los altos robles
en luminosa ráfaga,
navegan despidiendo
relámpagos de plata

Su vuelo no es altivo:
la estrella es para el águila:
para las mariposas
la flor entre las zarzas.

En cálices vistosos
la sed ardiente sacian,
y la embriaguez les hace
girar atolondradas.

La luz y la alegría
por donde van derraman...
Los maliciosos faunos,
se ríen cuando pasan.

*
* *

Las mariposas huyen
al caer de las hojas,
y la tristeza invade
los campos que abandonan.

¿En qué rincón del cielo
se ocultan misteriosas?...
¿Qué flor de invierno albergue
les brinda en su corola?...

Inútil es buscarlas
en esas largas horas
en que las nieblas húmedas
los horizontes borran.

Los faunos las recuerdan
mirando entre las sombras
pasar los copos blancos
de nieve silenciosa.

Mas de improviso el cielo
tibio fulgor colora,
y el aire azul se puebla
de blancas mariposas.

*
* *

Yo sé de un viejo tronco
sin hojas ya en sus ramas
donde en invierno duermen
las pobres desterradas;

y, aunque él desnudo tiembla,
las cubre y las ampara
mientras las nieblas fría
el horizonte empañan...

Yo sé de un alma triste
que allá en su fondo guarda
deslumbrador enjambre
de canciones aladas,

y las defiende ansiosa
de la mortal escarcha
mientras las nieblas velen
el sol de la esperanza...

¿Te ríes?... Que tus ojos
den calor a mi alma.
¡Verás poblarse el aire
de mariposas blancas!...

XIV

MI ÚNICO ENEMIGO

A migo cariñoso en apariencia
y en realidad verdugo, de mi suerte
decide a su capricho con el fuerte
poder de su satánica elocuencia:
en torpe desaliento, sin clemencia,
toda viril aspiración convierte
y triunfa y hace luego que despierte
voraz remordimiento en mi conciencia.
Tú lo sabes, Dios mío, la mezquina
loca pasión, el vergonzoso miedo
la duda y el estéril egoísmo
son armas con que lucha y me domina...
¡Véncele Tú, Señor, que yo no puedo,
no le puedo vencer, pues soy yo mismo!

VIDRIERA

*Remittuntur ei peccata multa
quoniam dilexit multum*

La vasta catedral, en cuyo seno
el más tenue sonido se agiganta
con tono grave de lejano trueno,
yace en vago crepúsculo sumida.
Las delicadas verjas abrillanta
y presta a las estatuas sepulcrales
apariencias de vida
dudosa luz cernida
por las altas vidrieras ojivales.

Al final de la nave, cuyo ambiente
conserva olores de humedad e incienso,

rasga el macizo muro de repente
el ventanal inmenso.
Fantástica guirnalda festonea
el tímpano elegante y transparente
por delgadas columnas dividido,
y en ella el mármol, dócil a la idea,
es fruto, es flor, semblante contraído
por histérica risa o por el llanto
genio con alas, monstruo que serpea,
formas que inspira devoción o espanto
y que bullen, se ingertan o se enlazan
en las curvas que trazan
las recortadas hojas del acanto.
Por ella orlado, dando a sus primores
transparencia de encajes,
el ventanal diáfano se extiende:
palpitan en los vidrios de colores
bíblicos personajes
llenos de vida, con bordados trajes,
y cuya faz enciende
de una luz interior los resplandores.

En aquella penumbra misteriosa
con placer la mirada ensombrecida
ve surgir la vidriera luminosa
como visión gloriosa
entre el cielo y la tierra suspendida.

Es Jesús, el Dios-hombre: su hermosura
majestuosa y dulce lo delata

más que el delgado círculo de plata
que en el aire fulgura
girando sin cesar sobre su frente;
el manto azul, la túnica escarlata,
una piedad sencilla y reverente
decoró con estofa reluciente.
Hay tristeza en sus ojos y ternura,
y con grave postura
en el lecho del huésped recostado
junto a la mesa del festín, dirige
su palabra a Simón el fariseo
que le escucha, con otros, asombrado.
Bella, como soñar pudo el deseo,
y aún más, pues el tormento que la aflige
robándola el color, la diviniza,
el lujoso ropaje mal ceñido,
una mujer de rostro dolorido
desplomada y sin fuerzas agoniza:
por sus rosados hombros se desliza
la cabellera de oro fulgurante,
y asoma entre los rizos, mal cubierta,
la nieve de su seno palpitante
con nueva herida para siempre abierta.
Tras prolongada lucha, en abandono
mortal, su cuerpo lacio
cayó al suelo, y levanta muy despacio
mirada suplicante, sin encono,
pero en que todo su pasado flota,
pasado de un amor que otro destruye,
hacia el Maestro, cuyos pies inunda

con el agua clarísima que fluye
de sus azules ojos gota a gota
Parecen rechazar, con iracunda
amenaza y con gesto destemplado,
de tan hermosa escena los testigos,
a la doliente esclava del pecado:
no ven que su conciencia ha despertado
y con ella el mayor de los castigos.
Del llanto aquel las redentoras perlas
no excitan su piedad, e indiferentes
escuchan las clementes
palabras de Jesús sin entenderlas.
Descorrido en el fondo el cortinaje
se descubre el paisaje:
y se ven los viñedos trepadores
rodear la colina
y elevar sus penachos tembladores
las palmas sobre múltiples verdores
y bajo el claro sol de Palestina.

.
Mujer, yo te seguí como severo
remordimiento el día en que velada
por negras blondas, con andar ligero,
sin duda huyendo del pasado triste,
llorosa y enlutada,
en la nave del templo apareciste.

En el rincón más hondo, más sombrío,
caíste de rodillas... Mi memoria

removió con hastío
el lodazal inmundo de tu historia...
Recordé nuestro amor, cruel afrenta
no castigada aún... Odio creciente
amontonó sus sombras en mi mente
con siniestros hervores de tormenta,
y ciego de pasión, de juicio falto,
a Dios pedí venganza...

De lo alto
una ráfaga vino como suelto
listón de luz suave,
se recortó en las sombras de la nave
y tu pálido rostro quedó envuelto
en rosada aureola...

No eras tú, no eras tú... De tu belleza
¿qué fué?... Mar borrascoso de amargura
rugiendo la borró con fugaz ola...
¿Qué había en tu actitud, en tu tristeza,
de divino? Al narrar tu desventura
con labios, ya marchitos, que movías
tan lentamente, ¿a Dios qué le pedías?...
No eras aquella tú... De tu mirada
humilde, dolorosa, suplicante,
brotaba luz... Te vi transfigurada.
Era el solemne instante
en que despierta un alma. Convertido
en respeto el rencor, tu bochornoso
pasado dí al olvido,

y el pecho que tu heriste generoso
se arrepintió de haberte maldecido.

Alcé los ojos como tú atraído
por fuerza misteriosa...
En lo alto de la nave ensombrecida
contemplé la vidriera luminosa
como visión gloriosa
entre el cielo y la tierra suspendida...

Mujer, ve en paz... La aparición sublime
grabó en mi corazón alta enseñanza.
Cuando la riega llanto que redime
brota siempre la flor de la esperanza.

No temas ya... Si a solas con mi pena
alguna vez entristecido lucho,
del alma en lo más íntimo resuena
aquella voz que dijo a Magdalena:
«Yo te perdono porque amaste mucho».

XVI

VA DE CUENTO

Un cuento me pides, claro se adivina
en tus ojos grandes al mirarme atentos.
¿Va de cuento? Vaya. Será mi heroína
la princesa rubia de los rancios cuentos.

La princesa rubia de ojos parecidos
a los tuyos, Laura, grandes, pensadores:
que daba sus joyas a los desvalidos
y se alimentaba con jugos de flores.

La princesa rubia de pies añiados
que hubiera podido calzar tus chapines;
la que remontaba rios plateados
unciendo a una concha ligeros delfines.

De la que aprendieron las trovas rimadas,
que al rayar el día cantan, los jilgueros.
Aquella princesa por cuyas miradas
sus lanzas cruzaron tantos caballeros.

La que va ciñendo delicados tules,
que bordó de estrellas hada bienhechora,
por entre las brumas de cuentos azules,
en pos de un ensueño de color de aurora

Sin cesar llegaban a pedir su mano
(breve cual la tuya) con vistosos trajes,
ya un príncipe negro de país lejano,
ya un guerrero altivo cercado de pajes

Desfilaban todos... Ella desdeñosa
con el abanico sus ojos cubría
(por el varillaje miraba curiosa)
y ellos se alejaban con melancolía.

Como tantos eran nobles paladines,
duques, infanzones, los que iban llegando,
hizo el rey su padre a son de clarines
por toda la tierra publicar un bando.

Y el bando decía; Mientras sonrosada
la primer aurora de abril no despierta,
para todos cierro mi real morada;
ningún caminante llamará a su puerta.

Pero en ese día todos los galanes
que por la princesa suspiran dolientes,
sufren mal de amores y ocultan afanes,
vengan a mi alcázar, traigan sus presentes.

Y cuando desfilen ante el áureo trono
verá el preferido que la bella arroja
su abanico al suelo con dulce abandono,
para que el dichoso mortal lo recoja».

No bien los jilgueros tan madrugadores,
dijeron: «Ya es hora; la suerte os invita».
multitud brillante de erguidos señores
del amor en alas acudió a la cita.

Sobre rico trono de metal bruñido,
cercado de damas, bella entre las bellas,
la princesa rubia lucía un vestido
de ligeros tules bordado de estrellas.

Ni una perla ornaba sus trenzas sedosas,
que sembró de flores, con modestia suma,
y agitaba, obsequio de hadas primorosas,
precioso abanico de rizada pluma.

Desfilando fueron por la regia sala
príncipes, magnates de altanero porte:
llevaban heraldos con trajes de gala
sus pasos seguía numerosa corte.

Y graciosos pajes en lindas bandejas
traían presentes: ya caros trofeos
de gloriosas lides; ya bandas bermejas
con valor ganadas en nobles torneos;

ya viejo amuleto labrado en Oriente,
contra encantadores defensa segura;
ya piedras preciosas de luz esplendente:
ya telas y pieles de rara hermosura.

Pero su abanico no dejó un instante
caer la princesa con dulce abandono...
Todos se alejaban, cuando suplicante
galán inclinóse frente al noble trono.

Su traje era humilde; su actitud sombría
no le acompañaban fieles servidores;
y sobre su espalda pendiente traía,
el laúd, tesoro de los trovadores.

En las gradas puso la rodilla, y dijo:
—Mal aconsejado por amor, señora
vengo a vuestras plantas y a vos me dirijo
en pos de un ensueño de color de aurora.

Pero no os extrañe si de amores loco
busco mi sentencia con mi atrevimiento:
no temo al castigo que al hablar provoco,
porque ya en mi crimen hallé mi tormento.

Llego aquí cantando como van las aves
por la selva: os cedo mi laúd templado
De ciudad rendida no esperéis las llaves,
ni gigante odioso por mi encadenado.

Libre soy: no envidio ni ambiciono nada.
De mundos soñados ser el rey presumo.
Tomadlos, señora; tomad, si os agrada,
mis castillos de aire, mi corona de humo.

Aunque mi tesoro cabe en mi escarcela,
mayor os lo guarda mi amoroso anhelo
en la pura estrofa que sin alas vuela
sobre el lodo y sube reflejando el cielo.

Esto dijo; luego saludó a la hermosa
sin alarde altivo; pero grave y firme.
La princesa rubia le oyó silenciosa
y se sonreía... como tú al oirme.

.
.

¿Cómo acaba el cuento?... Solución no hallo.
A tus pies de hinojos, Laura, te suplico
que tú lo termines: yo te miro y callo...
En tus manos blancas está el abanico.

XVII

SILENCIO

En dos abismos resonó mi queja,
y sólo en uno el eco ha respondido.
El uno respondió y era de roca...
El otro fué tu corazón vacío.

XVIII



Busqué del pobre niño sordomudo
el sepulcro, y lo hallé desamparado;
de flores carecía: nadie pudo
sembrarlas porque nadie lo ha llorado.

Leí su nombre con profunda pena.
Su historia recordé breve y sombría...
Y sentí que una voz de encanto llena
hablando quedo al alma le decía:

—Soy yo... su madre: al tierno desvalido
en mi regazo, con amor estrecho...
Morí cuando él nacía... No he podido
darle siquiera el jugo de mi pecho.

Entre mis brazos débiles y flojos
tuve un instante a la infeliz criatura...
Sólo dos veces le besé en los ojos
y les dí de la noche la negrura.

El ángel de su guarda, lastimero,
lo miraba... Con lúgubre insistencia
yo le rogué: Buen ángel, si me muero
se queda solo; guarda la inocencia...

Volvió hacia mí los ojos y me dijo:
Mujer, sin duda tu dolor provoco;
pero aunque vele un ángel por tu hijo,
es la inocencia flor que dura poco.

Una sola palabra la marchita...
Durará su inocencia lo que tarde
en vibrar en su oído voz maldita...
¡Ay! ¿De qué servirá que yo le guarde?...

Haz tú, buen ángel, exclamé con miedo,
que esa voz en su oído nunca vibre!...
Y tristemente respondió: No puedo...
Dios al crear al hombre lo hizo libre...

Hay un medio, añadió viendo mi llanto
si tu pecho de madre no flaquea...
Con angustiada voz supliqué tanto,
que dijo al fin compadecido: ¡Sea!

Y vi entonces al ángel bondadoso,
con los brazos tendidos,
aproximarse al niño y silencioso
trazar con luz un signo misterioso
en sus labios y luego en sus oídos.

XIX

AL MAESTRO BALART

Del bronce fundido
las cálidas gotas
van cayendo en el molde, y la estatua
tomando va forma.

Del llanto que el Genio
a solas derrama,
van cayendo las gotas hirvientes
al fondo del alma,

y allí como dentro
del molde humeante
en silencio sus formas eternas
tomando va el ángel.

Aquel que al abismo
del Genio se asoma,
con terror ve la lluvia de fuego
filtrarse en las sombras,

y aparta sus ojos
que el vértigo ciega
de aquel cráter rojizo en que funde
su estatua el poeta.

Mas luego bendice
la llama insaciable
que a Beatriz ha fundido en el molde
divino del Dante.

.

La noche solemne
de amor y de espanto
que, a la fúnebre luz de unos cirios,
pasaste llorando.

La noche en que odiaste
la vida por larga,
al sentir en tus labios el frío
de su frente pálida,

aún dura en tu cielo;
poeta, no esperes
encender con tu aliento ese astro
que apagó la muerte.

Sólo te permite
ley inexorable,
con tu llanto traerla a la vida
serena del Arte.

En aquellas horas
de estupor sombrío,
al cesar en la alcoba el doliente
pertinaz quejido.

Al cortar acaso
de su sien marchita
aquel rizo impregnado en copioso
sudor de agonía

Cuando tú, cumpliendo
su postrer encargo,
envolviste su cuerpo ya rígido
con el negro manto...

Se agolpó a tus ojos
en amargas olas
ese llanto que al alma descende
filtrado en las sombras,

y ya no ha cesado
la lluvia de fuego
que por fin hoy rebosa en el cráter
divino del Genio.

.....
El molde humeante
tu mano al fin quiebra,
y aparece la estatua animada
de formas eternas.

Ya todos los labios
pronuncian su nombre,
y en las alas de luz de la estrofa
la tierra recorre.

Has vuelto a la vida
la que muerta lloras,
a esa vida que nunca se extingue
de envidiada gloria...

Mas ¡ay! que no llega,
poeta, esa vida
al callado rincón en que yace
su helada ceniza.

No logra el aplauso
ruidoso del mundo
un instante romper el silencio
cruel del sepulcro.

ni apagar el eco
que vibra en tu alma
cada vez más profundo y más triste
de su voz lejana...

¿Qué importa la gloria
si dura el destierro;
si en tus labios no borra las huellas
del último beso?...

En vano en tu senda
brotan los laureles:
si a su frente no puedes ceñirlos
¿para qué los quieres?...

Mas, oye: en las horas
en que hables con ella;
cuando fiel a la cita del sueño
a buscarte venga,

dila que su nombre
celestial pronuncia
todo aquel que ha caído en su larga
calle de amargura;

dila que en un siglo
cansado y cobarde
en que, herido a traición por la duda,
languidece el Arte;

cuando aplaude el vulgo
viendo como rueda
todo noble ideal, y del cierno
sube la marea;

cuando se apellida
amor, blasfemando,
a la fiebre mortal de la carne
que engendra gusanos,

dila que por ella
fundes tú esa estatua
dolorosa que al punto más alto
del cielo señala;

y que al verla sienten
nobles energías
retoñar, y a la lucha se aprestan,
las almas caidas,

como en larga noche
de penosa vela
el enfermo sonrío si el alba
las sombras blanquea.

Poeta: no digas,
si callarlo quieres,
que por ella tu senda han brotado
frondosos laureles;

pero no la ocultes
que vas enjugando
por su amor, muchas lágrimas, muchas,
con su negro manto.

CONSEJO

Luzbel (que, mientras Dios hizo la rosa,
la espina modeló traidoramente)
en un remanso de agua transparente
vertió al pasar su baba ponzoñosa.
Contemplándose en él Eva curiosa
dejó caer, al inclinar su frente,
la flor que la adornaba, y sonriente
creyó al cristal que la llamaba hermosa.

Cerró los ojos y se vió sin ella
en otro espejo... tímidos sonrojos
sintió, y después mortales agonías...

Cuando el tuyo consultes, niña bella,
para mirarte bien, cierra los ojos
y quiera Dios que entonces te sonrías.

XXI

MORFINA

*El dolor—¡oh misterio!—
el dolor no es el mal; es el cauterio
que a nuestra corrupción el cielo aplica.*

FEDERICO BALART

Será la vez postrera...
dije al doctor. Negóse tenazmente.
Insistí con mirada lastimera,
con suplicante voz, y a mi porfía
tuvo al fin que ceder...

¡Con qué alegría
sentí correr el bienhechor torrente
por mis arterias que el dolor rompía!

—Sé que con este bálsamo se acorta
mi vida; mas ¿qué importa,

doctor, cuando la vida es un tormento?... ,
sé que con él evoco la locura,
que mi mal acrecienta;
pero ven, falso amigo que me engañas,
pues sólo tú consigues un momento
aplacar la rabiosa mordedura
del áspid que devoró mis entrañas...

La nerviosa tensión, la calentura
huyeron: lentamente mis pestañas
se entornaron con dulce somnolencia...
y, aunque despierto aún en apariencia,
comencé a vislumbrar cosas extrañas.

Sentado frente a mí, fuerte, robusto,
me miraba el doctor compadecido.
Sin separar mis ojos de aquel busto
juvenil y sereno,
que alumbraba de lleno
la lámpara dejome sorprendido
transformación pasmosa... De repente
vi arrugarse su frente,
encanecer la barba prolongada,
de su cráneo desnudo y oscilante
caer hasta rozar el pecho hundido
largas hebras de plata fulgurante,
y en su boca sumida y desdentada
irse trocando, la sonrisa en mueca...

Le contemplé de ropas despojado,
corroído de lepra y encorvado:
bajo la piel amoratada y seca,
por repugnantes úlceras manchada,
pude contar sus huesos, sus costillas...
Sin ruido alguno, como ingrave sombra,
de su sillón se deslizó a la alfombra,
puso en ella sus manos amarillas,
y quedó acurrucado y pensativo
apoyando la barba en las rodillas.

De las cerdosas cejas bajo el arco,
en el oscuro marco
de las cuencas brotó destello vivo
de misterioso fuego:
vi llamaradas de dolor veloces
surcar sus ojos; se apagaron luego,
y con dulce sosiego
mirome y dijo:

—¿No me reconoces?...

Soy Job, el Idumeo, el varon fuerte...
¿Sabes lo que sufrí?... No, no lo ignoras.
Pero más sufro al verte...
¡No ha cambiado aun la humana suerte!
¿De qué ha servido el curso de las horas?

Yo deshice el error de Prometeo
diciendo al hombre: en vano
las alas vigorosas del deseo
hacia un punto lejano

agitarás sobre el oscuro abismo,
¿Buscas grandeza?... Búscala en tí mismo.

Y sufrí, que del hombre la grandeza
sólo en sufrir consiste,
y fué mi vida triste,
borrón de la cruel Naturaleza;
y cuanto más injusta
conmigo fué, mi frente más augusta
se levantó... ¿Lo dudas?... En la historia
elocuente del hombre
al suprimir mi nombre,
que es el dolor. suprimiréis su gloria.

Y tú cobarde gimes y en el tedio
que te domina quebrantar tu yugo
intentas sin buscar otro remedio
que de esas hierbas el amargo jugo
que ha de ser, bien lo sabes, tu verdugo.
Después de tantos siglos ¿eso es todo
lo que habéis descubierto?... ¿Mis remotas
palabras ya no ois, ni de otro modo
fortalecéis el miserable lodo
que con el triste engaño de esas gotas?...

¡Oh! ¡Con cuánta amargura te contemplo!...
¿Qué ha hecho la Humanidad?... Sé que adelanta,
que en busca de la luz mueve su planta
y de la Ciencia en el solemne templo

lauros y lauros sin cesar suspende;
pero ¿de qué la sirven si no aprende
las lecciones sublimes del ejemplo?...

¡Suprimir el dolor!... ¡Necia quimera!...
La existencia sin él fuera mezquina.
¿Suprimiréis la rosa por la espina?
Sin el dolor el hombre, ¿qué supiera
de su extirpe divina,
ni cómo pensaría en el mañana?...

Lucha es la vida humana,
lucha siempre será. Si no barruntas
la suprema razón que entenebrece
del universo la mitad en tanto
que la otra resplandece;
si no adivinas del progreso santo
la ley, tu ceguedad ya no merece
que responda mi voz a tus preguntas.

En región de tinieblas engrendado,
con dolor a la vida te ha lanzado
tu madre y con dolor darás la vida.
Vencerlo es tu misión; si tanto alcanza
la Humanidad, su fin habrá logrado;
pero ¡ay de mí! que, loca y aturdida,
desprecia mi enseñanza
y al través de los siglos ha olvidado
que los ojos que aquí nunca han llorado
no reflejan la luz de la esperanza!

Arroja el frasco inútil y engañoso:
con viril entereza logre verte
sufrir, y cuando busques el reposo
díctamo te daré más generoso,
que el negro jugo que en tus venas vierte
traidora cobardía...

¿Temes morir?... ¿Ignoras todavía,
miserable mortal lo que es la muerte?...

Tornó al silencio el mártir. Vaporosa
niebla surgiendo fué; por ella envuelta,
cada vez más confusa, más borrosa,
vi su figura, hasta que al fin disuelta
quedó en el aire la visión gloriosa.

Desperté, si fué sueño... que aún lo dudo.
El doctor ante mí, grave, sereno,
en su semblante juvenil y rudo
recibía de lleno
la luz, y me miró compadecido.
Por un impulso superior movido,
con vergüenza y con asco
el cristalino frasco
estrellé contra el suelo...

Sonriente

su mano me tendió, que estreché ufano,
el doctor; pero no, no fué su mano

sonrosada y caliente
la que oprimí con gratitud vehemente...
(Tal vez duraba aún la pesadilla)...
Fué la de Job, helada y amarilla.



XXII

BESOS PERDIDOS

Aún temblaba el rocío de la mañana
en los rojos claveles de la ventana,
cuando escuché el sonido de las vidrieras:
se entreabrieron las verdes enredaderas,
y en el marco frondoso que la decora
apareció la niña madrugadora.
Ella que se despierta todos los días
derramando en cantares sus alegrías,
en aquel, despertóse grave, callada,
interrogando al cielo con su mirada,
En vistoso desorden, aún despeinados.
su seno acariciaban rizos dorados;
y un suspiro profundo, largo y ardiente,
levantaba aquel seno pausadamente.

De sus lenguas pestañas, allá en la umbría,
se adivinaba intensa melancolía:
al cristal de sus ojos grandes e inquietos
en tropel acudían dulces secretos:
y por su azul rielaba luz misteriosa,
estela de un ensueño color de rosa.
La jaula suspendida vió entre las flores,
y en ella al pajarillo de cien colores,
que ahuecando la seda de su plumaje
la dijo sin palabras en su lenguaje:
—Yo también he soñado cosas muy bellas...
¡Qué dicha si pudiese volar tras ellas...!
Cediendo a noble impulso, callada y grave,
la niña abrió la jaula sacando al ave:
sus delicadas manos convirtió en nido,
la miró con semblante compadecido,
y acercando sus labios al pobre preso
donde nacen las alas imprimió un beso:
la besó en aquel sitio donde se ata
en amorosos lances esquila grata,
y fué el beso tan largo que se creyera
que sus labios vertieron el alma entera
Después le dijo: — ¡Vuela!... ¡Vuela sin miedo!...
¡Adios!... ¡Yo no te sigo porque no puedo!...

Partió el ave lanzando dulces escalas
y llevando aquel beso bajo sus alas:
partió como una flecha; vi los reflejos
de su irisada pluma lejos, muy lejos...
la seguí con mirada de envidia llena

por la región del cielo clara y serena...
y en el rincón más puro, más azulado,
perdióse el mensajero... que aun no ha tornado.

Yo, que también soñando paso mi vida,
mi dicha, desde entonces, miro cumplida.
Como ya la conozco, dormido vuelo
hacia el rincón más puro y azul del cielo,
y en sueños, por mis labios, son recogidos
los besos que en la tierra vuelan perdidos.

XXIII

DUELO INTERRUMPIDO

Chocaron nuestras miradas
como espadas
que se cruzan para herir.
—¡Me engañabas! —yo decía
con la mía...
Y ella con la suya: — Sí.

Vino el golpe tan derecho
que mi pecho
vertió sangriento raudal.
De su seno, por mí herido,
sorprendido,
no vi la sangre brotar.

Ella sonrió insolente...

De repente

—¡Alto!— un testigo exclamó.

Sondearon su costado

desgarrado...

No tenía corazón.

XXIV

LOS JUGUETES DE LA ABUELA

De su lecho al saltar por la mañana
corre la turba de ángeles traviosos
a referir, entre sonoros besos,
lo que ha soñado a la paciente anciana:

Desde el mayor que con viril orgullo
conduce y manda el revoltoso bando,
hasta el diablejo aquél, rosa en capullo
que habla por señas y anda tropezando,

todos van con ruidosa algarabía
en tropel, soñolientos, mal vestidos
y el cabello en desorden, decididos
a no volver sin el botín del día.

Porque velan sus ósculos amargo
vil interés. ¡Oh falta de conciencia!
Y lo sabe la anciana, y sin embargo,
puede más el amor que la experiencia.

Con manos y con pies la turba embiste
contra una puerta; el obstinado empeño
crece con el obstáculo... ¿Qué sueño
por profundo al estrépito resiste?...

A responder la abuela se apresura
y abre mostrando al impaciente coro
su bondadosa faz, su bata oscura,
sus blancos rizos y sus gafas de oro.

Invaden todos la severa estancia
que decoran antiguos cortinajes
y retratos de serios personajes
cuyas ropas acusan moda rancia:

y se alegra la alcoba ensombrecida,
como el oscuro bosque cuando llega
bandada de jilgueros que aturdida
en luminosa ráfaga navega.

El encanto infantil rejuvenece
tanto mueble por viejo allí olvidado.
Hasta el loro que yace disecado
en un rincón aletear parece.

Mas cesa de repente la algazara
y el rodar por la alfombra; suenan llaves,
y ante un vargueño de labor ya rara
se agrupan todos silenciosos, graves.

Es un prodigio de sabor arcaico
el mueble con sus múltiples cajones,
sus tallas y las mil incrustaciones
con que trazó el buril fino mosaico

Y no son los primores en que abunda
ni el sello de los años venerable
lo que al bando pueril de gozo inunda,
sino el fondo del mueble inagotable.

Inagotable, sí: rudo saqueo
sufre a diario y siempre se desborda
en golosinas, que la indócil horda
devora siempre con igual deseo.

Por eso lo contemplan con delicia,
y al irse, dueños del botín diario,
los ojos, relucientes de codicia,
se vuelven hacia el mueble centenario.

Por eso, y porque saben (con cautela
se lo repiten todos al oído)
que en el mueble un tesoro hay escondido,
que allí están los juguetes de la abuela.

¿Juega la anciana?... Si; ¡chochez risible!...
No le gusta jugar ante la gente;
pero juega en secreto, y es creíble,
lo asegura el mayor que nunca miente.

El la vió. Como acecha vil espía,
mirando por la puerta mal cerrada,
la vió cruzar su alcoba, iluminada
por el débil fulgor de una bujía.

Vacilaba en su mano temblorosa
la luz; andaba con senil torpeza,
y llegóse al vargueño recelosa,
volviendo a cada paso la cabeza.

Descorrió, sin sonar, llave y cerrojos;
cayó la vieja tapa sin estruendo:
fué después los cajones entreabriendo...
y el traidor cuanto pudo abrió los ojos

La abuela con afán, de un escondrijo
sacó varias estampas desiguales,
y atenta las miró y algo las dijo,
limpiando de las gafas los cristales,

Luego, debieron ser cosas muy bellas
encerradas en cajas primorosas,
porque miraba mucho aquellas cosas
despacio y recreándose con ellas.

Por último sacó ¡quien lo pensara!
una muñeca sucia, deslucida,
y mucho tiempo, como joya cara,
la estuvo contemplando embebecida.

Sus dedos de marfil torpes y secos
la acariciaban, luego dulcemente
la besaba en el pelo y en la frente
como besan las niñas sus muñecos.

Crujió la puerta... El áspero chasquido
puso en fuga al espía malicioso
que aún escuchó, al huir despavorido,
cerrar de golpe el mueble misterioso.

Y soñó con tesoros, y despierto
siguió soñando el niño todavía,
y diciendo a los otros: — Si algún día
se dejase la abuela el mueble abierto...

Llegó el día. Potencia tentadora
que fragua la ocasión para el pecado
mostró abierto a la turba malhechora
el mueble y salón abandonado.

Corrió la turba de entusiasmo llena
inundando el salón como un torrente,
y el vargueño asaltó rápidamente
con un sordo zumbido de colmena.

Asidos a las tallas, en inquieto
bullir trepando de diversos modos,
ni un cajón respetaron, ni un objeto
dejaron de tocar a la vez todos.

Rota la cinta que los tuvo unidos,
volaron como blancas mariposas
papeles de escrituras ya borrosas
en todas direcciones esparcidos.

Por el aire también fueron con ellos,
derramando al volar rancios olores,
viejas estampas, rizos de cabellos
y restos sin color de secas flores.

Con loco regocijo, por desgracia,
en un cajón hallaron escondida
una muñeca sucia, desteñida,
de ajados oropeles y faz lacia.

Muchas manos la asieron tenazmente
del cabello, las piernas y los brazos...
Pero todas soltaron de repente
y rodó por la alfombra hecha pedazos.

Soltaron... y en carrera delirante
huyeron asustados dando voces
como nube de pájaros veloces
al estallar la pólvora tonante.

Y la anciana llegando a paso lento,
mientras huía en tropel sonoro,
mostraba en el dintel del aposento
los blancos rizos y las gafas de oro.

Uno quedó del sorprendido bando
en la estancia, el menor, que huir no quiso,
rosa en capullo aún, que habla indeciso
por señas y anda siempre tropezando.

Con la temeridad de la inocencia
que de nada recela ni se asombra,
no temiendo de nadie la presencia
quedóse gateando por la alfombra.

¿Qué pasó por el alma de la anciana?...
¡Sábelo Dios! Inmóvil... su semblante
lleno de arrugas adquirió al instante
los rasgos todos de la angustia humana.

Unió sus manos como aquel que reza
y los labios movió descoloridos,
despidiéndose acaso con tristeza
de aquellos pobres restos tan queridos.

Pero fué más profundo el desconsuelo,
más punzante el latido de la herida
viendo de la muñeca destruida
los miembros esparcidos por el suelo.

En un sillón se desplomó, y un rato
muy largo estuvo en actitud doliente,
sin separar los ojos de un retrato
que también la miraba fijamente.

Era una niña: flor cuya fragancia
poco debió durar; su rostro bello
y enfermizo a la vez mostraba el sello
de los seres que mueren en la infancia...

Aquél ángel tal vez te sonreía,
pobre muñeca de semblante lacio,
con labios que crispaba la agonía
y te llamó al perderse en el espacio...

Rompió a llorar la abuela, y el curioso
rapaz por sus sollozos atraído
la miró; pero al punto, decidido,
se apartó de su lado presuroso,

Arrastrándose a gatas, muy contento
como quien cede a nobles impulsiones,
fué buscando, fragmento tras fragmento,
la muñeca por todos los rincones.

Tardando mucho, aunque moviendo aprisa
los brazos y los piés, cada pedazo
dejaba de su abuela en el regazo,
y la miraba con alegre risa.

Reunidos todos en su falda oscura
ella los contemplaba: gota a gota
todo el mar los bañó de su amargura...
Y era muy triste ver ¡con qué ternura
besó la anciana su muñeca rota!...

ENTIERRO

De luto el alma vestida
vengo de enterrar al año,
al año viejo que murió ayer.
Aunque acibaró mi vida,
que lo llore no es extraño,
porque al fin era ser de mi ser.

¡Noche fatal! Del estruendo
con que la celebra el mundo
llegó a mi oído vago rumor.
Iban las horas huyendo,
y ya el año moribundo
lanzaba apenas ronco estentor.

Sonó el reloj lentamente...
Con la postrer campanada
brotó un suspiro que huyó fugaz,
y descubriendo mi frente
dije con voz apenada:
— ¡Mi perdón llevas!... Descansa en paz!...

Lleno de melancolía
quise dar al pobre viejo
junto a la fosa mi último adiós.
Envuelto en la niebla fría
se puso en marcha el cortejo...
¡Qué pocos iban del muerto en pos!...

Los que dichosos hiciste,
pensé yo, saldrán al paso.
¿Cómo dejarte marchar así?...
Busqué con mirada triste;
pero en el cortejo escaso
ni uno de aquellos reconocí.

Cruzamos calles desiertas:
a los cerrados cristales
ningún semblante se vió asomar...
Por ventanas entreabiertas,
que lanzaban a raudales
la luz, se oía reír, cantar.

Todos al sol que amanece
cantaban, y a la hora nueva.

¡Para el caído la ingratitude!...
Sin ver que año que fallece
algo de todos se lleva
entre las tablas de su ataud.

Sin ver que, del tiempo en alas,
horas de indecible encanto
huyen, pedazos del corazón.
De sus más lujosas galas,
de las joyas que amó tanto
¿quién se desprende sin compasión?

¡Pobre viejo! La experiencia
es tesoro que nos cede.
¡Cuánto en su vida logró reunir!
Todos gozamos su herencia.
Sólo el egoísmo puede
sin una lágrima verlo partir.

Honda es la sepultura:
en el pavoroso abismo
la negra caja vimos caer...
y sentí con amargura
desprenderse de mí mismo
cosas que al mundo no han de volver.

Vestida el alma de duelo
ví nacer el nuevo día.

¡No sé sus horas qué me traerán!...

Nuevo sol hay en el cielo;

pero en el alma sombría

¡la noche de antes y un nuevo afán!

XXVI

PRUDENCIA

No con reserva inútil, irrisoria,
de nuestro amor ocultaré el tesoro.
Busca la luz para brillar el oro.
¿Por qué lo he de ocultar siendo mi gloria...?

En tu huerto las flores de memoria
saben, hace ya tiempo, que te adoro.
Lo repiten los pájaros en coro.
Las estrellas conocen nuestra historia.

Mas de quien no comprenda el verdadero
valor de mi tesoro, tenazmente
como el avaro recatarme quiero.

No digas, no, que oculto mi ferviente
amor; lo sabe el universo entero.
¿Quién lo ignora?... Los hombres solamente.

XXVII

ANTE LA ESFINGE

A vida de saber, nunca saciada,
en la sombra sentada
contemplando a la esfinge mi alma está.
¡Oh, si abriendo sus labios de granito
me dijese:—Mortal, yo lo permito:
pregunta, que mi voz responderá!...

Yo lo sé todo... ¿Quieres
penetrar el origen de los seres...
de los hechos la oculta relación?
¿Averiguar acaso lo que encierra
en sus entrañas lóbregas la tierra?...
¿El mañana leer de la creación?...

Surcar del éter el callado abismo?...
¿Conocerte a tí mismo?...
¿El polvo del pasado remover?...
¿Contar los astros? ¿Descifrar la muerte?...
Habla: dispuesta me hallo a complacerte.
¿Qué pretendes saber?...

Entonces yo diría:

—¡Oh misteriosa esfinge, el alma mía
todo eso y más anhela descubrir!...
Pero antes desvanece amarga duda.
¿Por qué aquella mujer no me saluda,
o me saluda ya sin sonreír?...

XXVIII

ULTIMO PRESENTE

U nos por la muerte y otros por olvido,
en lo que he vivido,
¡cuántos seres, cuántos, alejarse vil...
Todos me robaron en mi triste calma,
alma de mi alma,
que poco me queda que ofrecerte a tí!

Pero si a la hoguera tu semblante inclinas
y a las mortecinas
ascuas de tus labios el aliento das,
brotarán, sin duda, centellas divinas...
¡Ay de mí! ¡No puedo prometerte más!...

El rosal retoña; y, aunque al alma joven
su ventura roben
tristes desengaños, torna a florecer...
Conserva en tu seno la flor hoy prendida,
vida de mi vida,
porque es la postrera que puedo ofrecer,

Mi destino leo; más no me acobarda...
Si la muerte tarda,
sé, por experiencia, que me olvidarás...
Te doy, sin embargo, todo lo que guarda
para mí la vida... ¿Quién te ofrece más?

XXIX

SUPERSTICIÓN

Desierto está el jardín... De su tardanza
no adivino el motivo... El tiempo avanza...
Duda tenaz, no turbes mi reposo.
Comienza a vacilar mi confianza...
El miedo me hace ser supersticioso.

¡Cómo asustado el pensamiento vuela!
Si aparece, al llegar, en la cancela,
será que es fiel... Si acude a nuestra cita
por el postigo, entonces no recela
mi amor en vano... ¡Dios no lo permita!

¡Huye, duda; del alma te destierro!

Por la cancela de dorado hierro
vendrá... Pero, Señor, ¿qué la detiene?...
Sus pasos oigo ya... Los ojos cierro
que no quiero saber por dónde viene.

XXX

LA CANCION DE LAS LLAMAS

En el hogar ahumado se retuercen
las teas resinosas
y cantan; pero el llanto se desliza
por sus arrugas en calientes gotas.

Dulcemente la sangre deshelada
circula por el cuerpo;
pero siento en el alma escalofríos
al resbalar por ella los recuerdos.

—¿Por qué lloráis en el hogar ahumado
que vuestra voz alegra?...
Cantad lanzando vuestras chispas de oro,
cantad moviendo vuestras rojas lenguas...

— Cantamos, sí, las viejas melodías
de siempre, que no cansan...
Pero, mientras, el árbol ya desnudo
tiembla de frío en la llanura blanca...

— No lo creáis, no sufre, quedó el árbol
dormido entre la nieve,
y sueña con templada primavera
que acercándose va mientras él duerme.

No lloréis por el árbol; la esperanza
es calor generoso...
Cantad moviendo vuestras rojas lenguas,
cantad lanzando vuestras chispas de oro...

— Cantamos, sí; ¿pero piar no escuchas
al pájaro sin nido?
Lama no encuentra ya donde abrigarse
ni en el blanco erial grano de trigo...

— Dios lo vistió de plumas y El lo guía
por el espacio inmenso...
Grietas hay en las rocas y en los muros
y en los aires azules hay insectos.

El pájaro lo sabe, y como espera
el desaliento ignora...
Cantad lanzando rutilantes chispas,
cantad moviendo vuestras lenguas rojas.

— Cantamos, sí; pero fatal nevada
 las sendas ha borrado,
y el pobre caminante desfallece
con las violentas ráfagas luchando...

— El caminante desde lejos busca
 vuestro penacho de humo...
Desplegado en risueñas espirales...
Calor y paz le ofrecen estos muros.

Realizad la esperanza que sostiene
 sus fuerzas abatidas...
Cantad moviendo vuestras lenguas rojas,
cantad lanzando crujidoras chispas.

— Cantamos, sí; pero el rincón bendito
 donde duermen tus muertos
hoy más frío estará, porque lo cubre
la blanca nieve que bajó del cielo...

— Callad... Vuestras canciones entristecen,
 no dan calor al alma...
Entonad las canciones de otros tiempos,
aquellas en que late la esperanza.

Las que ella me explicaba con sus labios
 más rojos que vosotras,
y con una sonrisa más alegre
que el estallar de chispas luminosas.

—Cantamos esas viejas melodías
que escuchabas entonces;
pero estás sólo... su sillón vacío...
¿Cómo te han de alegrar nuestras canciones?...

En el hogar ahumado se consumen
las resinosas teas...

Apagándose van las chispas de oro
y enmudeciendo las rojizas lenguas.

XXXI

PARA UNA KERMESSE

A BENEFICIO DE UN HOSPITAL DE NIÑOS

Antes que de nuestros labios
brote la primer palabra,
de los ojos aún no abiertos
brotan las primeras lágrimas.

El Dolor mece
las cunas blancas,
nos espera en las puertas de la vida
y para siempre ya nos acompaña.

En inocente abandono
sonriendo el niño sueña
con ese mundo en que viven

los que aún no han visto la tierra.
Y entre las sombras
el Dolor vela.
Tal vez despierte el ángel sollozando...
Nadie, tal vez, consolará su pena.

Cuando la nieve amortaja
ciudad y campos baldíos,
y el sol no calienta, pienso
en los pájaros sin nido.
Dios les da entonces
sustento, abrigo,
y los defiende del invierno. Hagamos
lo que Dios nos enseña, con los niños.

En esta lucha sin tregua
no hay más bien que la esperanza,
y no espera quien no sabe
enjuagar ajenas lágrimas.
El Dolor mece
las cunas blancas...
Defendamos al débil y esperemos
en quien al débil pajarillo ampara.

Angeles recién llegados
a un mundo que no os merece,
pedid a Dios que bendiga
al que os ama y protege.

Con vuestros labios
que ahora no mienten
los que ignoráis aún nuestro lenguaje
pedídselo en el vuestro, Dios lo entiende.

JURAR EN VANO

¡Juramentos de amor!... Música vana,
¡no por sabida menos tentadora!...
De nada sirve que os améis ahora
si no juráis que os amaréis mañana.
¿Que la insaciable voluntad humana
es tornadiza? La pasión lo ignora
y desdeña el presente, soñadora,
y por triunfar del porvenir se afana.

Laura: nuestra ventura necesita,
para desvanecer recelo amargo,
juramentos que abarquen lo futuro.
Que tu voz cadenciosa los repita
una vez y otra y mil... Y sin embargo
no creo en juramentos, te lo juro.

XXXIII

LA HOJA DE ROSA

Preguntas si lloré... ¿Llora el soldado⁷
en la lucha reñida?

Cuando al pié de su lecho arrodillado
a Dios daba mi vida por su vida,
sin levantar la voz, no, no he llorado.

Ni al escuchar aquel sordo quejido
tan tenaz, tan profundo,
que eternamente sonará en mi oído.
Ni al decir el doctor meditabundo:
«Este es quizás el último latido».

Ni al ver la alcoba, siempre tan sombría,
de pronto iluminada,

y al sacerdote que su cuerpo ungió,
rezando. Ni al cruzarse su mirada,
su mirada de mártir, con la mía.

Ni al llevar a sus labios sin frescura
la cruz por vez postrera.
Ni al colocar, radiantes de hermosura,
entre sus manos de color de cera
esas rosas que amaba con locura.

Ni al oír al cortejo contristado
marchar a paso lento
llevándose por siempre al ser amado...
Mientras pude luchar, sin un lamento
batallé, padecí... No, no he llorado.

Después... Aquel rumor en la distancia
perdióse. Anohecía
Me sentí sólo: penetré en la estancia...
En su glacial ambiente todavía
flotaba de las rosas la fragancia.

La brisa hizo volar pétalo errante.
aún de matiz lozano
Ella me lo enviaba en el instante
de partir hacia un mundo muy lejano,
y en él puse mis labios delirante.

En él puse mis labios. De repente,
sin fuerzas, ya vencido.

bañó mis ojos lágrima candente;
por mis mejillas resbaló sin ruido
y el dique inútil destruyó el torrente.

Preguntas si lloré... La peligrosa
lucha afronté sereno.

Después, para que en noche silenciosa
se derramase al fin el vaso lleno,
bastó ligero pétalo de rosa.

XXXIV

EL SECRETO

¡E l príncipe se muere!... repiten con tristeza los sabios que, reunidos en numeroso bando, parar en vano intentan el golpe que le hiere. Y, en torno de la cuna dorada de su Alteza, sus venerables calvas agrupan murmurando:
—¿Pero de qué se muere?...

Ya va la triste nueva rodando por las calles; las puertas del alcázar con su oleaje azota durante noche y día el bullidor gentío. Ya surca la noticia los montes y los valles, y las fronteras salta, y adonde llega brota confuso vocerío...

Los hombres de gobierno se encierran y meditan...
Se dice que en palacio fermentan ambiciones...
Inspiran los cuarteles recelos angustiosos...
Las turbas en la sombra se espesan y se agitan...
Y cambian incesantes despachos las naciones
con signos misteriosos.

De mano en mano vuelan papeles codiciados
impresos ya con tinta que humea de candente.
Pasando van las horas y la ansiedad aumenta.
Peroran en los corros tribunos inspirados.
Se aspiran, pavorosos, en el cargado ambiente
efluvios de tormenta.

¡El príncipe se muere! Las madres con cariño
inútilmente rezan: la ciencia no lo salva:
el cónclave de sabios discute en vano inquieto.
¿Pero de qué se muere? junto al augusto niño
murmuran... ¡Oh, doctores de venerable calva!
Yo estoy en el secreto.

Yo estoy en el secreto del ángel que nos deja...
En hora ingrata al mundo lo trajo la Fortuna.
Por darle la existencia su madre la perdía...
Nació enfermizo, débil: desgarradora queja
su corta vida ha sido: la blasonada cuna
no pudo hallar más fría.

De la lujosa cámara los muebles deslumbrantes,
las lunas de Venecia, los frescos brilladores,

los uniformes varios, azules, verdes, rojos,
los múltiples juguetes tan lindos e incitantes,
jamás del niño enfermo lograron, tentadores,
hacer abrir los ojos.

Pero cuando en la tarde rodaban por la alfombra
junto al balcón diáfano su cuna cincelada,
quedaba el ángel presa de una emoción divina:
en un girón de cielo, entre azulada sombra,
veía el niño en éxtasis nacer la plateada
estrella vespertina.

Los ojos muy abiertos, los puños muy cerrados,
los brazos extendidos con ademán violento;
decía en su lenguaje: — ¡Señor, dame la estrella!...
Sus ruegos fueron muchos, sus gritos prolongados,
y Dios, que al fin es Padre, con bondadoso acento,
le dijo: — Ven por ella...

Yo estoy en el secreto; por eso, indiferente,
no inclino mis oídos al clamoroso estruendo
de la ambición mezclada con el temor cobarde,
y pienso en la alegría del ángel inocente
que al fin abre sus alas y busca sonriendo
por el azul espacio la estrella de la tarde.

XXXV

ORACION

El día en que las madres a sus hijos
no enseñen a rezar;
el día en que de Dios, junto a la cuna,
no les hablen, ¿de qué les hablarán?...

Seca, Señor, los pechos, de esas madres
que la vida del alma no han de dar...

Para nutrir el cuerpo
bastan las fieras que creaste ya.

XXXVI

EL TESTAMENTO DE FRINÉ

Friné la cortesana, la que juega
con el amor, camelia sin aroma,
de hermosura que ciega,
y en quien el fango de la calle asoma
bajo las líneas de la estatua griega.
Friné la impura sabe (en sus oídos
lo debió susurrar más de un esposo
al desertar por ella de sus lares)
que si tejen los pájaros sus nidos
labran también los hombres sus hogares.

¡El hogar!... Al nombrarlo, dulcemente
suele entornar con sueño misterioso
sus pestañas, y olvida su presente

y sus diamantes que la agradan tanto...
¡El hogar!... El encanto
de un amor que no muere ni se oculta,
que abriga el corazón y no lo abrasa;
algo bendito que el mortal no insulta,
que es fuerza de la vida en el descenso...
y aspira, como a veces cuando pasa
frente al templo vecino,
un ambiente divino
de paz, de resplandores y de incienso.

Dura aquella visión breves instantes:
Friné la impura torna
a ser lo que era antes:
la joya conseguida y olvidada;
los ojos ya para soñar no entorna;
se siente despreciada,
y desprecia también a sus amantes,
De una y otra cadena,
siempre doradas, sin cesar varía
cumpliendo voluntaria su condena;
y aunque su risa al mundo desafía,
parece que resuena
en un alma vacía,
y el oír la reír produce pena.

Conserva en una caja primorosa
de marfil y de sándalo,
innumerables cartas, vergonzosa

historia de locuras y de escándalo.
Allí, como en colmena rumorosa,
y entre cifras y emblemas y blasones
zumba todo un enjambre de deseos,
de vulgares pasiones;
aparatoso vanidad, mezclada
con libres devaneos,
refiere allí sus torpes ilusiones
en tropos rebuscados y sandeces.
De todas separada,
envuelta con cuidado, sin dobleces,
en un paño de seda perfumada,
como reliquia que la fe bendice,
hay una carta de remota fecha;
No lleva firma al pie; nadie sospecha
quién la pudo escribir; la carta dice:

«Friné sin corazón: A pesar mío
esta carta te envió
que escribir no quisiera, lo confieso:
mas con irresistible poderío
de la cima del alma se desprende
inmaculado alud, que al propio peso
cede por fin y al cenagal descende.

No la acompaña obsequio ni promesa
ni la firma interesa,
pues no has de verme nunca en tus orgías.
En lazos de oro te revuelves presa...
¿Puedes romper tu odiosa servidumbre

y abrir las alas y escalar la cumbre?...
Sólo allí, sólo allí me encontrarías.

Hoy no sabes amar; tu pecho duerme:
No puedes ofrecerme
amor que no rechace contristado.
El mío es caridad... Si al fin despiertas
con las alas abiertas,
ven a mí, que yo olvido tu pasado.

Amores que consigan de tal modo
purificar el lodo
y transformarlo en luz, serán eternos.
Por tí renuncio a todo.
Te esperaré. Cuando tu sueño acabe
saldré a tu encuentro. ¿Dónde? Dios lo sabe...
¡Es tan amargo renunciar a vernos!...»

Busca Friné aturdida
en el placer, la vanidad y el lujo,
solución al problema de su vida
que resolver no puede para ella
el verdadero amor. En el influjo
de su fatal estrella
tiene una fe profunda, y se abandona,
del azar y el capricho a la corriente
tumultuosa y ancha,
como un cadáver... Alguien la perdona
y la espera, lo sabe; mas presente
que no será en la tierra que ella mancha.

en su elegante tocador, museo
donde el oro al servicio del deseo
caras preciosidades amontona,
donde mezclan matices y fulgores
la plata, los esmaltes, los primores
de vieja porcelana,
una oscura mañana
de Diciembre en que el sol no deshacía
la niebla gris y fría,
la impura cortesana,
recordando tal vez sueño penoso,
sintió el tedio invadirla de tal suerte
que, con tenaces ansias de reposo,
pensó en cosas muy tristes y en la muerte.

Obedeciendo a fuerza poderosa
que la acosaba con violencia suma,
(tal vez revelador presentimiento,)
el escritorio abrió de palo-rosa,
y con dorada pluma
a escribir comenzó su testamento.

Decía en él: «Al entornar mis ojos,
como la muerte desfigura tanto,
teñid mis labios con matices rojos.
No quiero que mi rostro cause espanto.

Veladme con encajes: adornada
con la rosa de té, mi favorita,

vestidme como viste enamorada
mujer que acude a misteriosa cita.

Si en un cofre de Sándalo aparecen
(de mi sino cruel prueba importuna,
cartas que hoy me avergüenzan y entristecen,
quemadlas todas, todas, menos una.

Y donde se recline mi cabeza,
doblada por un sueño que ya ansío,
aquella carta colocad que empieza:
«Friné, sin corazón, a pesar mío...»

XXXVII

EL ADIOS DE LA LEYENDA

Poeta: tu ventana,
que el viento abrió,
rayo de sol poniente
deja pasar,
y de una voz lejana,
que inspiro yo.
desmayado y doliente
llega el cantar.

Flotando en esas notas
penetro aquí.
Soy la rubia leyenda,
tu amiga fiel.
Las alas traigo rotas

y busco en tí
quien mi dolor comprenda
mudo y cruel.

Por donde voy, mezquina
curiosidad
rasgar quiere mi veste
de niveo tul.
Perdió su fe divina
la Humanidad,
y su encanto celeste
mi lirio azul.

Sólo el niño en la cuna
tiene en mí fe;
me llama con acento
de almo candor;
en un rayo de luna
brillar me ve,
y le arrulla mi cuento
fascinador.

El corazón del hombre
no hago latir.
Murió mi poderío:
cayó mi altar.
No hay labio que me nombre
sin sonreír.
Mi sitio está vacío
junto al hogar.

De la amplia chimenea
busco el calor...
Rosadas maravillas
brotar se ven
del torno que voltea
entre el rumor...
Y en las almas sencillas
causan desdén.

En vano, a los rugidos
del huracán,
visiones sepulcrales
hago surgir...
Hoy sólo a los sentidos
crédito dan:
mis seres ideales
no hacen sentir.

No repiten los labios
el cuento aquel
de hermosa y noble dama
cuya virtud
abruma con agravios
a un rey cruel
y a humilde pastor ama
por gratitud.

Ni aquel otro del necio
que a Satanás

el alma, en pacto, cede
por ambición...
Con amargo desprecio
me oyen los más...
Resucitar no puede
muerta ilusión.

Encantos y quimeras
vertí a granel;
de San Juan las veladas
enriquecí...
Y cuando a las hogueras
van en tropel,
ni aún las enamoradas
piensan en mí.

Ayer logró mi imperio
su plenitud,
de las ruinas medrosas
en la extensión.
En su vago misterio
y en su quietud
hallé fuentes copiosas
de inspiración.

Y de la arcada hendida
en el umbral,
con la musgosa piedra
por escabel,

la columna caída
por sitial,
y la colgante yedra
como dosel,

en elevado trono
mis leyes dí,
y el pasado a la Gloria
resucitó...

Ya está vacío el trono
que ocupé allí.
La desalmada Historia
de él me lanzó.

Por el espacio errante
voy al azar.
de mi veste nevada
rasgado el tul...
Poeta que un instante
me abres tu hogar
guarda en él, por constante,
sin marchitar,
pues sólo a tí te agrada,
mi lirio azul.

XXXVIII

A CALDERON

ALABADO POR PEDANCIO

Siendo español no ha sido perezoso
ni siendo militar fué pendenciero;
cortesano y no ha sido lisonjero
teólogo y al ergo dió reposo;
honorés recibió; no fué ambicioso:
fué poeta y modesto... ¿Pues qué pero,
qué falta impide que el romano clero
canonice a varón tan virtuoso?...
¿A qué tanto esperar? Yo le consagro
mis oraciones ya con toda el alma
en los combates de la carne recios...
Mas yo sé lo que esperan, un milagro:
ver si después de muerto puede en calma
resistir la alabanza de los necios.

XXXIX

SORPRESA

Vi que cruzaba el robledal espeso
cantando y sola mi adorada Nise.
Tenaz séguila y sorprenderla quise
para robarla codiciado beso.

Seguro de su amor, con la esperanza
de alcanzar el perdón por este robo,
avancé con cautela, como lobo
que hacia la oveja receloso avanza.

A traición la cogí: grito de miedo;
con mis manos tapé sus habladores
ojos, y despreciando sus temores,
—adivina quien soy— dije muy quedo.

Sus ligaduras, con inútil brío,
esquivar intentó, quiso romperlas,
y, enseñando al reir dientes de perlas,
¡un nombre pronunció... que no era el mio!...

¡No era mi nombre!... Trémulo de enojo
la solté; me miró, y en el instante
lo que leyó en mi pálido semblante
hizo que el suyo se pusiera rojo.

Quiso decir... No se atrevió a decirlo.
Quise hablar... Y callé meditabundo.
En el silencio aquel largo y profundo
se oyó al agua reir, silbar a un mirlo.

Del robledal la ví por la espesura
perderse, sin cantar, con paso lento...
volviendo la cabeza... Esto que cuento,
pasó hace años, y el silencio aún dura.

XL

NON EST HIC

Con el vago ropaje que vistes
y que toma el color del deseo:
con tu risa que alegra a los tristes
¡oh dicha! si existes,
¿en donde te ocultas que nunca te veo?

Tarde ya, me contó la experiencia
que mis sueños de niño mecía
de tu voz la suave cadencia.
¡Traidora inocencia!...
Yo estaba en tus brazos y no lo sabía.

Rico en fé, si de fuerzas escaso
emprendí fatigoso viaje

preguntando por tí a cada paso
y viendo, al acaso,
flotar, siempre lejos, tu leve ropaje.

—Allí está, me decía la gente;
del sendero al doblar el recodo
ha flotado su manto esplendente...

Llegaba impaciente
y sólo encontraba tu huella en el lodo.

Del laurel al amparo reposa,
pensé yo... del alcázar dorado
tal vez more en estancia lujosa...

Con voz anhelosa
pregunté y dijeron: —Por aquí ha pasado.

—Aquí está, desarruga tu ceño,
dijo Amor: ya no tiembles de frío...
y un hogar me indicaba risueño.

¡Inútil empeño!...
Junto al fuego estaba tu sitio vacío.

Y seguí mi camino adelante,
y al abismo bajé con arrojo,
y la cima escalé jadeante...

y, siempre distante,
tu veste ondulaba teñida a mi antojo.

De mi vida se acorta el sendero...
Ya cercano el reposo barrunto...
Como aquí conseguirte no espero,
ni el paso acelero
ni por tí, cual antes, a nadie pregunto.

Y en la muerte al pensar, fatigado,
este afán más intenso despierta...
En las sombras de sueño callado
tu veste ha flotado...
¡Qué a tiempo entreabres sepulcro tu puerta!

EL LIRIO BLANCO

A JUAN GARCIA AL-DEGUER

Dolor, no te maldigo... Con pavoroso estruendo
pasó violenta ráfaga, pasó nublando el día...
Hendida quedó el alma. Después vi sonriendo
que en la hendidura un lirio nevado florecía.

¡Noble ideal! ¡Oh, lirio de nítida blancura!
Abrió el Dolor el surco; la ráfaga violenta
te trajo y hoy floreces, radiante de hermosura,
como de roca estéril florece en la hendidura
semilla misteriosa que trajo la tormenta.

XLII

CLEMENCIA

A su hermano menor dijo la Muerte:
—Yo te lo encargo, Sueño,
apaga toda luz color de rosa
con esas alas de plumaje negro.

¿No ves que dando al alma la ventura
y las fuerzas al cuerpo,
es inútil la prueba de la vida
y revelas, incauto, mi secreto?...

El Sueño respondió: — Señora hermana,
¿qué haré, si os obedezco,
con los enamorados que no tienen
otro refugio que mi oscuro seno?...

¿Negaré al infeliz desheredado
mi alivio pasajero?...

¿No daré al pobre niño la alegría
ni al virtuoso el merecido premio?...

¿Al viejo desoiré cuando me pida
sus queridos recuerdos?...

¿No abriré cuando llamen a mis puertas
impacientes las almas de los muertos?...

La Muerte meditó; luego le dijo:

—Yo te permito, Sueño,
que a todos los que nombras, un instante
¡un instante no más!... abras el cielo.

XLIII

MI LAZARILLO

A mor me trajo, Nise, hasta tu puerta
Un ciego fué mi guía.
¿Le habré de castigar porque no acierta,
siendo la culpa mía?

Me equivoqué tasando lo que vales
al juzgar por tu brillo.
Te dejo... ¿Quieres ver por los cristales
si me espera en la esquina el lazarillo?...

Comprendo, Nise, tu desden profundo;
la razón no te niego;
pero yo soy así: voy por el mundo
guiado por un ciego.

Por él he tropezado muchas veces...
¿Te burlas?... No lo extraño...
Tú la desnuda realidad me ofreces...
Gracias. Prefiero generoso engaño.

Si escucharas su voz, si tu aprendieras
sus dulces melodías...
Si con los ojos de mi ciego vieras.
Nise, no te reirías.

Vivo por él. Con angustioso acento
llamaba yo a la Muerte...
Era el primer dolor, el más violento,
la primera injusticia de la suerte.

Llamaba yo a la Muerte, cuando él vino...
Riendo de mi asombro,
me dijo:—Espera... Sigue tu camino
apoyado en mi hombro.

El mundo no es tan malo, no lo creas,
no es tan árido y triste;
mis ojos te daré para que veas
lo que de hermoso y bueno en él existe.

Mis ojos, sólo para el mal cerrados,
ven la noche oscura,
por un foco interior iluminados,
el bien y la hermosura.

Si te apoyas en mí, no tengas miedo
de caer en el lodo.

Como soy el Amor, sólo yo puedo
con mi virtud purificarlo todo.

Tropezarás,.. Tal vez tus pies resbalen
sobre duras espinas;
pero verás entonces lo que valen
mis recetas divinas.

Para la ingratitude tendrás olvido;
perdón para la ofensa;
serás feliz donde otros han sufrido;
que el Amor lleva en sí la recompensa.

Si el tedio alguna vez tu pecho hiera,
si la duda te alcanza,
te diré adónde va lo que no muere:
pues yo soy la Esperanza.

Y sabrás que en mi reino ilimitado,
que al tiempo desafía,
soy la razón de ser de lo creado,
y en estrellas y en almas armonía.

Así dijo; y me guía y me acompaña
calmando mis dolores.

Adiós... El me ha ofrecido y no me engaña,
para el invierno, flores.

Puedes reir... No temas que me inquiete
tu burla reprimida.

La realidad ¿a tí qué te promete
en el árido invierno de la vida?

Comprendo, Nise, tu desdén profundo;
la razón no te niego:
pero yo soy así: voy por el mundo
guiado por un ciego.

XLIV

¡PARA SIEMPRE!

Mientras ella con plácido abandono
dormía, yo intranquilo
sentí en la oscuridad honda tristeza
y una voz escuché que así me dijo:

—¿No lo sabéis, amantes? Cada beso
es un paso que dais hacia la muerte.
La vida se nos va, se nos va aprisa
y aun decís: ¡Para siempre!

Perdiendo va la flor, con el aroma,
su vida en oleadas invisibles.
Si aspiráis un aliento perfumado
recogéis una vida que se extingue.

Con afán vuestro pecho palpitante
al suyo unís que la pasión levanta;
pero, a cada latido, en vuestro cielo
una estrella se apaga.

Acarician los labios tersa frente
que la sangre hervorosa colorea...
¡Oh enamorados! Con la piel suave
acariciais también la calavera.

Juntos pensáis estar toda la vida,
es decir, unos rápidos segundos.
Después... el ataúd es muy estrecho
para estar en él juntos.

Enlazad, enlazad a su cintura
vuestros brazos, fundid vuestros destinos;
forjad nudos tan fuertes que no logren
aflojarlos el tiempo ni el hastío.

Vuestros ojos cerrad y que no vean
cómo la piel se arruga y palidece;
cómo el rubio cabello va tomando
el color de la nieve.

Cómo la edad hacia la tierra encorva
el talle, y los contornos desfigura;
cómo parecen, al besar, sus labios
pétalos sin color de flores mustias.

Conservad la ilusión, en vuestro nido
clavad la mariposa plateada,
y, aunque muerta, el fulgor de los recuerdos
hará brillar sus alas.

Vivid en el pasado; vuestro idioma
no cambie con el curso de los días.
Del reloj desoid la voz molesta.
Las ascuas avivad entre cenizas.

Mas sabed que esos brazos su cintura
con ansiedad inútil aprisionan...
Entre ellos sentiréis que al fin resbala
como impalpable sombra...

Calló la voz. El alba lentamente
avanzó por el cielo,
iluminó la estancia, y yo me dije,
mientras ella soñaba sonriendo:

Como impalpable sombra, entre mis brazos
que con afán inútil la retienen,
resbalará, lo sé; vencí al hastío;
no venceré a la muerte,

Pero al unir mis labios a los suyos
lo que aspiro es el alma en cada beso,
y el alma busco en sus rasgados ojos
cuando me miro con amor en ellos.

Al través de su frente de alabastro
con misteriosa luz se transparenta,
y hace ondular las curvas de su seno
y en su voz me penetra.

Yo lo amo todo en ella, porque en todo
siento un alma latir que también ama.
No amó Pigmalión el mármol frío
sin infundirle, con su amor, un alma.

Ya podéis blanquear, cabellos de oro;
podéis palidecer, labios de rosa;
resbala entre mis brazos, frágil cuerpo,
como impalpable sombra.

Lo que os ennoblecía y me hizo amaros
al ataúd estrecho no desciende.
Encantos que morís; no es a vosotros
a los que dice el alma: «Para siempre».

LA PARABOLA DEL SEMBRADOR

«**Q**uien tenga oídos a mi voz los abra,
pues hablo a todos. En verdad os digo
que así caerá en vosotros mi palabra
como en la tierra el trigo.

»Pero aquel labrador que al surco envía
la dorada semilla, bien sospecha
que no de toda en suspirado día
cogerá igual cosecha.

»Porque un grano cayó junto al sendero
y otro en estéril pedregal, y daña
quizás a aquél la planta del viajero
y al otro la cizaña.

»Sólo del trigo que en terreno sano
cayó, la espiga con amor se cogé;
pero en verdad os digo que ese grano
llenará vasta troje»...

Así habló con parábola sencilla
una voz que aún escuchan las edades,
a ignara multitud desde la orilla
del mar de Tiberiades.

Era al caer la tarde: sol poniente
rozando ya del mar la móvil ola,
del noble sembrador ciñó la frente
con rojiza aureola

Transfigurado así, su voz amiga
dijo a la muchedumbre galilea:
— «Hombre, con tu sudor riega la espiga,
con tu sangre, la idea».

¡Oh sembrador divino! La inspirada
parábola tu amor ha realizado.
La tierra inunda ya mies sazonada
que tu sangre ha regado.

No engañaba tu voz. En vano brota
la cizaña en el surco removido.
En vano el viento del error azota
la espiga que ha crecido.

La dulce savia del amor fecundo
en el humilde grano va escondida.
En él va la Verdad, alma del mundo,
manantial de la vida.

¡La Verdad y el Amor!... Astro del día
que das calor y luz, que en raudo vuelo
resbalas animando la sombría
inmensidad del cielo;

imagen eres fiel de la criatura
que Dios inspira y que a raudales vierte
la Verdad y el Amor en esa oscura
soledad de la muerte!...

Siempre existió el error, la estéril duda.
el egoísmo sordo, el odio insano,
la insaciable ambición, la prueba ruda...
¡Siempre el dolor humano!...

Y nunca ese dolor hallará freno
sino en la voz preñada de verdades
que habló a la Humanidad junto al sereno
lago de Tiberiades.

Al eco suyo germinó la Ciencia:
ella al esclavo libertó del yugo;
santificó el hogar y la inocencia;
castigo dió al verdugo.

No hay llanto que no enjague aquel acento,
ni poder que a su influjo se resista:
es grata sociedad para el hambriento:
 gênio para el artista.

No es del sabio la voz hueca y helada.
Los que al sabio no escuchan, los que ignoran,
comprenden esa voz que contristada
 llora con los que lloran.

Nuestro orgullo negarlo quiso en vano.
El problema del Hombre se adivina
resuelto ya con el humilde grano
 sembrado en Palestina.

.
El siglo que agoniza, grande en todo,
lo es en el bien y al par en el delito,
Jamás con tanta luz, con tanto lodo,
 la Historia se habrá escrito.

El extiende el telégrafo que enlaza
los pueblos más distantes de la tierra:
y para separarlos piensa y traza
sus máquinas de guerra.

Heraldo del progreso infatigable
hace a la prensa; y con feroz intento
vierte en ella la duda miserable
 que estanca el pensamiento.

El adivina al astro, lo persigue
por las hondas negruras del abismo,
y al fin consigue verlo; y no consigue
ver a Dios en sí mismo.

¡La Igualdad! Santo dogma con que sacia
el noble afán del corazón sincero;
defiende y funda al par la aristocracia
bastarda del dinero.

Abandona del tiempo irreverente
la vieja catedral a los ultrajes;
y deshacerse mira indiferente
flor a flor sus encajes...

Pero crea el taller, centro sagrado
de la potente actividad humana,
hogar donde el mortal desheredado
su pan y su honra gana.

¡Oh! Si en él encontrara el proletario,
cuando le dan el pan de la existencia
mojado en su sudor, el necesario
pan de la inteligencia!...

Si este siglo egoísta y descreído
llevase allí la luz de la enseñanza,
y la máquina uniese su rugido
al himno a la esperanza!...

Si la ciencia borrarse generosa
desdén arriba y ambición abajo,
diciéndonos que son la misma cosa
capital y trabajo!...

Pero brota la duda en la Academia;
pasa al libro; con vuelo prodigioso
surca el mundo y se trueca en la blasfemia
del taller bullicioso.

Nunca cual hoy sintióse la tristeza
que produce en las almas el vacío:
ese vacío que a llenar empieza
odio ciego y sombrío!...

Porque amar sin creer, es imposible.
Sin fe, la vil resignación infama.
Siempre con el dolor en lucha horrible,
quien no espera no ama.

El lejano horizonte va cubriendo
con sordo hervor, vapores de tormenta:
ya surge, a veces, de ellos con estruendo
llamarada sangrienta!...

Ya es tiempo de acudir, antes que intenten
unirse la ignorancia y la malicia.
Ya es tiempo de decir a los que sienten
hambre y sed de Justicia:

Sembrad. Aunque la escarcha dura y fría
cubrir parece ya la sementera,
tierra hallaréis que guarde todavía
calor de primavera.

Sembrad la ciencia que los ojos abra
del ignorante, y el hogar en templo
transformaréis. Sembrad con la palabra.
Sembrad con el ejemplo.

Hablad de sacrificio al poderoso,
de esperanza a la víctima inocente.
La escarcha deshaced con el copioso
sudor de vuestra frente...

Arrojad en las almas sin recelo
la semilla que encierra su destino...
mientras sembrando estrellas por el cielo
vemos pasar al sembrador divino.

XLVI

PERLAS

Tu collar es siempre de irisadas perlas
por tí preferidas a diamantes raros.
Como a tí, me agradan: pero quise verlas
fulgurar cayendo de tus ojos claros.

A los que decían:— La estatua no siente, —
viendo de tus ojos la perenne calma,
respondí soberbio:— Quien lo diga miente.
Y en busca de perlas penetré en tu alma.

Cual osado buzo, con viril denuedo,
descendí al abismo tan negro y tan hondo:
mi noble codicia pudo más que el miedo,
y tenaz tu alma removí hasta el fondo...

Con la faz adusta, las manos vacías,
ya tornaba triste, sin lograr cogerlas,
cuando en tus pestañas, luengas y sombrías,
vi temblar dos gotas, irisadas perlas.

No las arrancaban crueles tormentos:
vinieron en ola de fugaz ternura.
No las enjugaron mis labios sedientos
temiendo a tu rostro robar hermosura.

—Estas sí que valen, murmuré a tu oído,
más que las preciadas de reflejos raros
que tu cuello adornan... Hoy perdón les pido...

Mujer, lo he sabido:
son falsas las perlas de tus ojos claros.

XLVII

NAUFRAGOS

¡A delante!... Los vientos de la noche
levantan olas negras.

Clavado está el timón... ¡Oh, que lejana
la luz que perseguimos centellea!...

Por la redonda espalda de las olas
nuestra barquilla rueda...

Ya brotan de las tablas desunidas
largos crujidos que parecen quejas...

Pronto naufragará... ¿Pero, qué importa?

Esa luz nos espera
brillando allá en la línea en que se funden
el crespó mar y el cielo sin estrellas.

¡Adelante! Olvidad ya para siempre
la abandonada tierra.

Quien la dejó por perseguir un sueño
sólo sin vida o sin honor regresa.

Cada palpitación del hondo abismo,
cada sima entreabierta,
puede un sepulcro ser, pero es un paso
que a la luz codiciada nos acerca.

¡Locura!... Ya lo sé, vieja locura:
como el alma, de vieja.
En el dintel nació del paraiso
al mancharlo la lágrima primera

Amor al ideal, fiebre incurable,
sed nunca satisfecha:
tú durarás lo que en el tiempo duren
abrazados espíritu y materia.

Sin tí la Humanidad borrarse mira
sus timbres de nobleza,
y adelgazarse el muro que separa
el santo hogar del antro de la fiera.

Sus alas das a la sentida estrofa;
su luz a la sentencia,
y palpitas oculto en el misterio
de la nota, del lienzo y de la piedra.

Mientras dure el dolor, mientras las almas
 sangren en la pelea,
ojos habrá que en lágrimas bañados
hacia esa luz con ansiedad se vuelvan.

Dios la encendió en la línea en que se une
 con el cielo la tierra...
Pocos logran llegar... Quien lo consigue
su nombre baña en claridad eterna.

¡Oh! ¡Cuántos restos en las aguas flotan
 de barquillas deshechas!...
¡En sus alas, los vientos de la noche
cuántos suspiros de agonía llevan!...

Oscilando en el móvil oleaje,
 con lividez intensa
y contraídas por adusto ceño,
las frentes de los náufragos blanquean.

Faltó a sus pies la tabla salvadora
 y a sus brazos la fuerza,
y rígidos descienden al abismo
que nunca ya devolverá su presa.

De sus ojos, vidriados por la muerte,
 la mirada postrera
aún parece buscar, allá a lo lejos,
esa luz que en las sombras centellea.

¡No llegaron!... Las aguas del olvido
tan amargas, tan yertas,
borrarán al cerrarse un nombre oscuro.
¿Quién de los pobres náufragos se acuerda?

Yo los miro pasar... las olas turbias
sus cuerpos balancean
como despojo inútil... yo los miro
hundirse, con respeto y con tristeza.

Lucharon el intento generoso
y la fortuna adversa.
Nadie los vió luchar, hora tras hora,
sin temor, sin estímulo, sin tregua.

Esperadme... Yo soy de los que sienten
vuestra angustia secreta.
y sin embargo luchan... Esperadme.
Yo soy también de aquellos que no llegan.

Yo soy también de aquellos que comparten
toda humana dolencia;
de los que, en batallar desconocido,
todo lo pierden y la fe conservan.

Esperadme... Quizá no tarde mucho
en blanquear mi frente con las vuestras,
por misterioso ceño contraídas
y amortajadas por las olas negras.

XLVIII

LA ESTATUA CAIDA

A MI HERMANO ADOLFO

En la gruta del parque abandonado
lo ví, al pasar, caído
del pedestal que fué trono envidiado.
Era un dios; no sé cual... ¡Tantos han sido
los que la Humanidad ha derribado!...

Por la arboleda, vaga salmodia
como un adiós eterno
sonaba opacamente. Anochecía.
Con besos sin calor se despedía
de la pálida estatua sol de invierno.

Inmóvil, mudo, en soledad medrosa,
el derribado bulto
brillaba con blancura misteriosa.
Yo lo creí cadáver insepulto
que me pedía la negada fosa.

No perdió en la caída su grandeza.
Pallium tejió severo
sobre sus desnudeces la maleza,
velando así la olímpica belleza
que palpita en los números de Homero.

Parecía esquivar, como indignada,
la divina escultura
vil contacto de tierra encenagada,
levantando en extática postura
su frente pensativa y coronada.

Aún la diestra de mármol arrogante
sujetaba con brío
el calix de los dioses elegante:
calix que rebosó néctar fragante,
ya para siempre inútil y vacío.

El dios que a los mortales amó tanto
guardó el calix glorioso
esperando, tal vez, en su quebranto
que lo llenara el hombre generoso
con la ambrosía del dolor: el llanto.

¡Y se engañaba el dios! Mas un lamento
de prolongadas notas,
respondió al enojoso pensamiento...
De aquellas rocas húmedas, con lento
compás caían sollozantes gotas.

¡Oh, Suprema Piedad!... Aquel gemido
era tu voz doliente
llorando de los hombres el olvido.
Tú llenabas el calix lentamente
con llanto de las rocas desprendido.

Por el son de las gotas arrullada,
en abstracción constante,
la pensativa estatua derribada
hundía en el espacio su mirada
como atraída por visión distante.

Interrogué, por ella fascinado.
su mirada tranquila,
y así como en las aguas reflejado
tiembla el sol, en sus ojos sin pupila
vi temblar el reflejo del pasado.

Y leí de sus ojos en lo oscuro:
—¿Qué tenebrosa idea
del artista aguzaba el hierro duro?...
¿Quién me hizo dios y luego el inseguro
pedestal derribó?... ¡Maldito sea!

¡Oh fugitiva luz!... Rastro sereno
de días ya remotos,
no te apagues aún, de encanto lleno
fulgura mientras van mis miembros rotos
confundiéndose informes con el cieno.

Estremecida la áspera montaña
por rudos cataclismos
me concibió; y en su profunda entraña
yo dormía ese sueño que acompaña
la imponente canción de los abismos...

¿Quién turbó mi reposo?... ¿Qué locura,
golpeando incesante,
deslizó por la piedra tosca y dura
esa línea que ondula palpitante
con el ritmo ideal de la hermosura?...

¿Quién cinceló mi pecho levantado
por inmortal anhelo
y en las esbeltas olas modelado?...
¿Quién a mi tersa frente dió, inspirado,
la misteriosa redondez del cielo?

¿Para qué la ciñó cerco divino,
que es de espinas ahora,
y el noble calix a mis manos vino
que de la vida el néctar atesora,
si era morder el polvo mi destino?

Del que ornó con diadema escarnecida
mis sienes altaneras,
sea la raza infame maldecida... —
— ¡Calla, le interrumpí. Calla y olvida.
No maldigas al hombre... ¡Si supieras!

Pobre mármol, tan frágil como hermoso,
que en polvo te deshaces,
de la montaña al seno tenebroso
volando van tus átomos fugaces,
y allí de nuevo encontrarán reposo.

Pero el que te formó no halla sosiego.
Consigo mismo en guerra,
no conoce la paz y marcha ciego,
labrando dioses que derriba luego
y que marcan su paso por la tierra.

De la humana pasión cada latido,
tomando forma y nombre,
fué un dios ayer por otro dios vencido;
un ideal es hoy que olvida el hombre
por otros ideales seducido.

La sed de lo absoluto le devora
con ansiedad creciente,
y en esos vanos ídolos que adora
una chispa encerró deslumbradora
de la hermosura que al soñar presente.

Sólo una chispa de fulgor escaso
que breve se desliza
cuando él en sueños ve sol sin ocaso...
¡Eterna sed al hombre martiriza,
y una gota no más encierra al vaso!...

Tú misma, estatua mutilada y vieja,
con tus contornos bellos,
la sed irritas que al mortal aqueja.
Tu hermosura fugaz sólo refleja
de un eterno ideal vagos destellos.

Piensa que él ama el ídolo elevado
en sus débiles hombros;
que lo mira caer desconsolado,
y antes de hollar su planta los escombros,
con llanto de dolor los ha regado.

¡Oh! Si tú conocieras el tormento,
de la impotencia humana,
¿cómo podría maldecir tu acento?...
El hombre no reposa ni un momento...
Tú, pobre dios, descansarás mañana.

.
Me oyó la estatua; su expresión altiva
mi voz trocó en ternura,
y la ví, meditando compasiva,
levantar en extática postura
su frente coronada y pensativa.

Comenzaba la noche. En esa hora
que lo entristece todo,
me alejé de la gruta donde mora
el dios: en soledad aterradora
quedóse blanqueando sobre el lodo.

Por inquietud constante fustigado,
y por el vano ruido
de la ciudad, sin tregua, mareado
vivo, si esto es vivir, pero no olvido
aquel rincón del parque abandonado.

Y al ver huir del torbellino en alas,
rozando lodo inmundo,
las que fueron ayer preciosas galas,
pienso en tí, pobre dios que así resbalas
hacia ese abismo lóbrego y profundo.

¡Oh, dios caído! En nuestra edad inquieta
nadie tu pena siente.

¿Quién tus despojos pálidos respeta,
y en el desierto parque tristemente
los saluda al pasar? Solo el poeta.

El buscará en la gruta la sombría
estátua coronada todavía,
y en la tarde unirá su adiós eterno
al eco de remota salmodía
y al beso sin calor del sol de invierno.

XLIX

BONDAD

No porque arranque mano despiadada
la rosa perfumada,
dejará de dar flores el rosal;
ni porque robe a laboriosa abeja
su dulce fruto la codicia, deja
de labrar el insecto su panal.

Aunque su linfa enturbien, no reposa
la fuente generosa
dando vida y encantos al verjel.
No niega sus tesoros de armonía
el ruiseñor, al despertar un día
entre los hierros de prisión cruel.

De igual modo los seres superiores,
de dolor vencedores,
realizan en la tierra la virtud,
sin contar las heridas de su seno
ni las amargas gotas del veneno
que en su cáliz vertió la ingratitude.

.

Oigo elogiar vuestra bondad que excede
a cuanto el labio puede
referir ni cantar el trovador,
y con placer mi pluma lo confiesa
recordando, Marquesa,
rosal, abeja, fuente y ruiseñor.

L

A ALEJANDRO

(CARTA INTIMA)

Noche Buena de 1894

Solemnes horas que volando vienen
y el júbilo traerán a los hogares,
hacen pensar en los que no lo tienen.

Y pienso en tí.

Los génius familiares
saltan entre los leños encendidos
preludiando el mejor de sus cantares.

Agrupándose van los que atraídos
por esa voz acuden, y la estancia
llena el rumor suave de los nidos.

Borra todo pesar, toda distancia
el amor: allí tiene para el viejo
risas la juventud, besos la infancia.

De vivas llamaradas al reflejo
se nombra con cariño a los ausentes,
derramando en su honor el vino añejo.

El esposo, miradas sonrientes
cambia con su dichosa compañera
y acaricia a sus hijos inocentes,

soñando, como sueña quien espera,
soñando que aún hay flores sin espinas;
que la vida, si es carga, es muy ligera,

y que para tocar playas divinas
basta cruzar, en bando numeroso,
el mar, como las sabias golondrinas;

unidas van: si alguna en caprichoso
giro se aparta, sola desfallece
sin rumbo, ni esperanza, ni reposo.

Las horas vuelan; el bullicio crece,
y cuando el gallo en los corrales canta
una visión espléndida aparece...

En la leyenda, la leyenda santa
que envuelta en bruma de átomos dorados
con un niño en los brazos se adelanta.

Viene de esos paisajes encantados
donde nacen al rayo de la luna
los lirios de los sueños azulados

y aquellas mariposas, sin ninguna
mancha en sus alas de color de nieve,
que vemos revolar sobre la cuna.

Su plateada túnica se mueve
brillando. De sus ojos adormidos
la tibia luz de los recuerdos llueve.

Hay en su voz cadencias y sonidos
de templado laúd; vibran en ella
cantares en la tierra no aprendidos.

Sobre su frente cándida, la estrella
que vieron los tres reyes orientales,
como diamante colosal destella.

Sostiene con sus brazos inmortales
hermoso niño envuelto en linos rudos.
Suenan lejanos coros celestiales.

y vestidos de luz, de asombro mudos,
los ángeles descienden sonriendo
a besar de Jesús los pies desnudos...

¡Noche buena!... Tu nombre ya comprendo:
pero a la vez que del hogar asciende
la roja llama y el gozoso estruendo,

fuera de allí la oscuridad extiende
su crespón y gemido prolongado
de las hondas tinieblas se desprende.

¡Noche sin horizontes! ¡Desgraciado
del que en ella su hogar busque rendido
y lo encuentre desierto y apagado!...

Y pienso en tí.

Quien nunca lo ha tenido
ni espera ya tenerlo, entonces piensa
en aquel que lo tuvo y lo ha perdido.

No haré a tu corazón la grave ofensa
de creer que el silencio sus heridas
cierre ni endulce su amargura inmensa.

¿Por qué ocultar memorias bendecidas?
El silencio la sangre no restaña.
¿De qué sirve callar si tu no olvidas?...



Como el hierro que llevas en la entraña
sentirás esta noche más profundo,
mi pensamiento vuela y te acompaña.

El huésped que a tu hogar, meditabundo,
llega y tu mano con lealtad oprime,
algo aprendió de lo que enseña el Mundo.

Háblame de ellos, Alejandro, dime
con que nueva memoria en este instante,
nuevo dardo el dolor contra tí esgrime.

Háblame de ellos: de la esposa amante
que, desahuciada, en postración sombría,
rezaba por el hijo ya expirante.

Dí cómo, al separarlos, sonreía
la pobre madre al que llevó en su seno,
por no hacer más penosa su agonía

al hijo de tu amor, a tu ángel bueno,
al que heredó tu corazón, poeta,
de tantos nobles entusiasmos lleno.

Dime qué filtro, vigoroso atleta,
te dió fuerzas en lucha sobrehumana
tan desigual, tan larga y tan secreta:

tus inútiles ruegos a la vana
ciencia del hombre; tu profundo espanto
viendo siempre la muerte tan cercana;

viendo sufrir a los que amabas tanto,
a aquellos dos pedazos de tí mismo,
sin que a tus ojos asomara el llanto...

¡Ver la muerte venir!... ¡No hallar abismo
donde ocultarlos!... ¡Y mentir risueño!...
Cuéntame su tormento y tu heroísmo.

¡Ay! ¡Cuán estéril tu tenaz empeño!...
El sueño hermoso del precoz artista
es ya cruel interminable sueño.

Regó tu llanto su primer conquista,
y el lienzo en que su espíritu fulgura
vela un crespón que el ánimo contrista.

El premio codiciado con locura
llegó tarde... lo adorna negro lazo...
¡Ya gozaba otro premio su alma pura!...

Sólo estás, Alejandro. Breve plazo
la mártir esperó: viva impaciencia
unió sus almas en eterno abrazo.

La tuya quedó sola. Tu existencia
en ese hogar desierto se consume
sin que al dolor opongas resistencia.

Del reducido espacio, que resume
para tí el universo, en el ambiente
conservan tus reliquias su perfume.

A todo lo demás indiferente,
sin pensar a qué playas te avecina
te dejas arrastrar por la corriente.

Así avanzando vas. Así camina,
si alejada del bando bullicioso
se pierde solitaria golondrina:

llevada por el viento impetuoso,
gira al azar y entre la niebla flota
sin rumbo, ni esperanza, ni reposo...

Sin esperanza, no; que no se agota
jamás; la yedra, derribado el muro,
de los escombros polvorientos brota.

Tú creés, tú esperas; en el fondo oscuro
de toda adversidad halla el cristiano
rayo de luz inextinguible y puro.

No busques en los libros, será en vano,
la razón del dolor: ciencia ignorante
rompe al medirlo el corazón humano.

Oye la voz del tuyo que, incesante,
con la misma elocuencia de la pena
te hablará de un mañana no distante.

La duda lleva al alma que envenena
frío mortal; la tuya necesita
calor, dulce calor de fe serena;

calor que irradia de la Cruz bendita,
y hace arder el incienso y escondido
en la sencilla tradición palpita:

él inspira ese acento que a tu oído
llega esta noche y a tu puerta canta:
ábrele ya tu pecho entristecido...

Es la leyenda, la leyenda santa,
que envuelta en bruma de átomos dorados
a tu hogar solitario se adelanta...

Viene de unos países encantados
donde son realidad que siempre dura
los sueños en la tierra comenzados,

donde no se marchita la hermosura
ni la ilusión en humo se deshace,
donde en gloria el dolor se transfigura.

Sólo allí todo afán se satisface,
penetrando el por qué de la existencia
y de los hechos el oculto enlace.

Allí asombrada ve la inteligencia
arder el universo a los fulgores
de un amor que fecunda toda esencia;

en el que latén todos los amores
como todas las notas en la lira,
como en la llama todos los colores.

Amor que en vano a comprender aspira
el alma si rechaza el sufrimiento
y en egoísta ceguera delira,

sin ver que es el dolor merecimiento,
necesario crisol, alta enseñanza,
y que no cabe palma sin tormento.

Adherido a la tierra el hombre avanza:
sin el dolor, revelación gloriosa,
¿quién su destino a comprender alcanza?

Por eso allí bendicen de la rosa
las espinas, el llanto que se vierte,
y el hondo cáliz que de hiel rebosa,

las ciegas veleidades de la suerte
y el beso que nos dan labios de hielo
en la oscura antesala de la muerte.

bendícelos también: pronto ese cielo
se rasgará que oculta a los que amas:
allí están: ellos ven tu desconsuelo

y te llaman también cuando los llamas;
ellos quieren también lo que tú quieres
y las lágrimas cuentan que derramas.

Corto es el plazo ya: si débil eres
en esa dura continuada guerra,
piensa que ellos te ven, no desesperes.

No pidas más, a la razón que yerra,
contra el dolor inútiles escudos:
oye a tu corazón, el libro cierra,

y de ese niño envuelto en linos rudos
besa los pies desnudos
que en busca del dolor cruzan la tierra.

LI

ÚLTIMA SONATA

*Oh corazón, quizás la postrer hoja
doblando estás del libro de tu vida;
pero canta, la estrofa interrumpida
en más alta región continuará.*

(Del libro *De los quince a
los treinta*, del mismo autor)

El cilindro rueda torpe y soñoliento:
cada vez más lento,
las pausadas notas retardando va.
Ya la moribunda sonata semeja
rumor que se aleja
y se va perdiendo... y enmudece ya.

El cantar alado, como el ave al nido,
de volar rendido,
a la caja vuelve que le vió partir.

APÉNDICE

A RICARDO GIL (1)

(AL RECIBIR SU OBRA «LA CAJA DE MÚSICA»)

Tu libro es dulce y grave, tierno y hondo,
tu inspiración es íntima y sincera.

Quien se asome a tus versos, en su fondo
hallará reflejada un alma entera.

Entre el vano y confuso clamoreo
que ensordece los aires con su ruido,
tu frase es misterioso cuchicheo,
confidencia en voz baja y al oído.

Aseméjase a fuente cristalina
que se derrama en perlas de la roca,

(1) «Vida Nueva», 12 Julio 1898.

y en que hacia la mitad de la colina
gusta el viajero de poner la boca.

Como ella tiene el resbalar furtivo,
el claro fondo y la solemne calma,
despertando con su eco sugestivo
mil cosas inefables en el alma.

Tu acento no es el áspero rugido
de la pasión, ni la brutal protesta,
ni el clamor del combate enardecido,
ni la nerviosa risa descompuesta.

La voz, por la emoción semi-velada,
la piedad, por lo humilde y lo pequeño,
la visión en las sombras esfumada,
la media tinta pálida del sueño;

ese es tu mundo. El alma de las cosas
te habla en secreto, y con tu soplo ánimas
los dormidos recuerdos, mariposas
que en torno vuelan de tus áureas rimas.

¡Dichoso tú que al exterior tumulto
sabes cerrar los ojos, y entregarte,
de la conciencia en el sagrario oculto,
al egoísmo celestial del arte!

Es ¡ay! en nuestra edad la poesía,
que una sublime aspiración embarga,
Océano que al cielo desafía,
como él grandiosa, mas como él amarga.

Y es tu obra en ella manantial tranquilo
que de las altas cúspides procede,
y en el inmenso mar vierte, hilo a hilo,
un agua pura que beberse puede.

EMILIO FERRARI

LEYENDO...

A RICARDO GIL, MAESTRO INIMITABLE

Al abrir de tu libro las páginas amables
el alma se perfuma con aromas de mitos,
sus versos melancólicos evocan adorables
lejanías soñadas y recuerdos marchitos.

Floración exquisita del dulce sentimiento
tu poesía, es poesía de atardecer y llanto;
de un llanto que consuela; — ¡dulzuras de lamento
que vierten en el alma su halagador encanto!

De tu *Caja de Música* la rara melodía
es tristísimo y bello *remember* de poesía;
la canción unicorde de la vieja leyenda...

.....

En la bruma de un muerto crepúsculo lluvioso
he llorado leyendo tu libro doloroso...
a tu *Caja de Música* ésta ha sido mi ofrenda.

ISIDORO SOLÍS

UNA CARTA DE BALART (1)

(SOBRE «LA CAJA DE MÚSICA»)

No estaba destinada a la publicidad; pero esta misma circunstancia da, en cierto modo, más interés al juicio que, al maestro de críticos y de poetas, ha merecido el hermoso libro de Ricardo Gil, *La Caja de Música*, del que ha pocos días dimos las primicias a nuestros lectores. Creemos que éstos la verán con gusto, y por ello hemos pedido autorización para publicarla a nuestro amigo y colaborador señor Aldeguer, director de «La España Editorial».

Enfermo el cuerpo y amargado el espíri-

(1) Publicada en «El Imparcial».

tu, hace ya mucho tiempo que el ilustre Baltart tiene abandonados por completo sus trabajos literarios: por esta razón, seguramente, no ha dicho ya, con otros desarrollos todo lo bueno que piensa de Ricardo Gil y de su último libro; pero no ha podido contener, al ver *La Caja de Música*, ni el entusiasmo que siente por ésta y por el poeta, ni ese noble espíritu de sinceridad y de justicia que siempre que coge la pluma (nuestros lectores lo saben) le lleva a decir cosas de tanta sustancia y de tanta hermosura en el terreno moral como en el literario. He aquí la carta:

«Mi querido Aldeguer: Con la publicación de *La Caja de Música* estamos de enhorabuena usted, y yo, el público y la poesía. No incluyo en esta lista de dichosos a Ricardo, porque temo que la modestia no le deje ver el mérito de su libro y le abulte por anticipado las cuchufletas con que algunos escritores festivos suelen festejar la aparición de los versos bien sentidos y bien pensados. Por ambos conceptos se distinguen los de Ricardo; y así, será milagro que se libren de la ley común.

¿Qué importa? No se dirán de nuestro paisano más atrocidades que se han dicho de

Núñez de Arce, y de Campoamor y de Zorrilla.

Y de Víctor Hugo, y de Lamartine y de Byrón.

Y de Corneille, de Shakespeare y de Lope.

Y de Cervantes.

Y de Dante.

Y de Homero.

La estolidez suele andar del brazo con la crítica desde los tiempos en que Zoilo mordía la *Iliada* (como la serpiente la lima del herrero) hasta los días en que el discípulo predilecto de don Alberto Lista decía, moribundo, a sus hijos: — «No quiero llevarme al otro mundo el secreto de toda mi vida. Quede entre nosotros, pero sabedlo, hijos: ¡me revienta Dante!» — Comprendo el reventón: inconvenientes de meter el puño de Hércules en el guante de la Bella Chiquita.

Yo espero en Dios que el libro de Ricardo, más notable por la sustancia que por el tamaño, no ha de *reventar* a nadie ni ha de ser por nadie *reventado*. — *La Caja de Música*, tendrá todo el éxito que merece. Pero aunque no la tuviera, no se arrepienta usted de haber arrancado a la timidez de Ricardo esas cuarenta o cincuenta sonatas que tantos sen-

timientos delicados y tantos pensamientos notables han de inspirar al público. Aquí, donde no escasean los libros de buenos versos, conviene publicar de cuando en cuando un libro de buena poesía.

Quizá por eso mismo no deje a todos satisfechos; pero precisamente por eso mismo, nos deja satisfechos a los que amamos la poesía por la poesía.

A propósito: En *El Mosaico* tropecé días atrás con unas redondillas tituladas *Plantando un roble*. Al pie de ellas leí una firma nueva para mí—y para otros a quienes he interrogado—. He pedido noticias a Carlos Cano y aun no he tenido contestación. A ver si usted me las da.—¿Quién es en el mundo social don Juan Arzadum?—No lo sé.—¿Quién es don Juan Arzadum en el mundo literario? Un poeta; todo un poeta. Sus redondillas (a despecho de alguna incorrección venial) son de lo más sano y más robusto que he visto mucho tiempo ha. Suponiendo que no haya escrito ni vuelva a escribir nada de ese calibre, resultará que ha sido poeta, poeta de alto vuelo, una vez en su vida. Por mi parte no necesito más para inscribirlo en mi lista de escogidos. Y si no llego a saber quién es, mejor. ¡Figúrese usted qué placer: la admiración

impersonal: amar a un alma sin conocer al cuerpo en que reside!

A esa altura de relaciones (o poco más) estaba yo con Ricardo Gil, cuando le dí mi primera enhorabuena. Después he tenido la satisfacción de tratarlo y la fortuna de ver que en él, vale el hombre tanto como el poeta,

Usted, que por ambos títulos le quiere tanto como yo, comprenderá el placer con que veo esa *Caja de Música* labrada por él y ofrecida por usted al público.

Le quiere y le abraza su afectísimo amigo y paisano,

FEDERICO BALART

18 Febrero 98.

RICARDO GIL (1)

Muerto Zorrilla y rendido Campoamor al peso de los años, el autor de *La Caja de Música* puede hombrarse con nuestros mejores poetas.

¿Quién es Ricardo Gil? Un muchacho de Murcia, que dió en sus mocedades a la imprenta española, lleno de ilusiones, un tomo de poesías. Como en este país todos somos algo poetas y llueven cada temporada tantas colecciones de versos, los primeros de Ricardo Gil cayeron, como tantos otros, en el abismo de la indiferencia.

Pasaron algunos años hasta que la casua-

(1) «La Correspondencia de España», 18 Febrero 1898.

lidad llevó el volúmen a manos de Federico Balart, el cual, con su gran espíritu crítico y su independencia de carácter, escribió largo estudio llenando de elogios al poeta desconocido y diciendo: «Si esto no es poesía, y de la mejor, yo no sé ni he sabido nunca qué cosa es poesía».

Con estas alabanzas de Balart y algunas líneas de *Clarín*, no volvió a hablarse de Ricardo Gil, hasta que ahora ha tenido *La España Editorial* el buen acuerdo de publicar *La Caja de Música*.

Como el movimiento se demuestra andando, nos hemos permitido copiar alguna poesía de Gil, y habrá sido la recomendación más eficaz para nuestros lectores.

En *La Caja de Música*, como obra de un poeta entero, hay para todos los gustos. *La Parábola del Sembrador* recuerda la grande verbosidad de Víctor Hugo; *Náufragos* es una poesía profunda como las de Sully-Prudhomme e ingénuamente melancólica a lo Lamartine; *Memento* sabe a dolora de Campoamor; *La Estatua caída* parece un poema de Coppée; *La Canción de las Llamas* será leída con deleite por los apasionados de Baudelaire y Richepín.

Precisamente en esta variedad de matices

y notas, en tener algo de todos, es como prueba Ricardo Gil, gracias a su estilo, caracterizado principalmente por la expresión apacible y levantada, que no se parece a nadie y que puede repetir con Musset, con tanto derecho como muy pocos, que su vaso no es grande, pero bebe en su vaso.

Al triunfar Ricardo Gil con sus versos, Balart, que le *descubrió*, podrá lisongearse a su vez de un buen éxito como crítico.

La Prensa ha acogido *La Caja de Música* con la simpatía y consideración que merece. Es de suponer, que en las librerías alcanzará la misma fortuna.

Y mientras tanto los Jeremías de oficio seguirán diciendo y escribiendo horrores de esa rica *gente nueva*, que en menos de diez años ha dado al arte un dramaturgo como Dicenta, un escultor como Benlliure, un pintor como Sorolla, una actriz como María Guerrero, un actor como Thuiller, un satírico como Benavente, un orador como Melquiades Alvarez y un poeta como Ricardo Gil.

RICARDO J. CATARINEU

LA CAJA DE MÚSICA (1)

POESÍAS — RICARDO GIL

No está el horno para bollos. ¿Quién en estos tiempos de intranquilidad nacional, de duelos y quebrantos, tiene humor para recrearse con la lectura de versos? La poesía exige, tanto para ser creada como para ser gustada, aquel sosiego, aquella tranquilidad del espíritu, aquella serenidad, y aquel conjunto de circunstancias que el príncipe de nuestros prosistas consideró como «grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al muni-

(1) Artículo publicado en «La Epoca», 28 de Febrero 1898.

do que le colmen de maravillas y de contento».

Por estas y otras razones es muy de admirar que haya escritores con suficiente fuerza de abstracción para apartar su espíritu del espectáculo que afrecen las prosas presentes y consagrarse al culto de la poesía, pobre diosa casi olvidada en su templo abandonado. Hay, sin embargo, poetas, pocos, sí, pero inspirados, y entre ellos ocupa puesto distinguido Ricardo Gil.

Sus composiciones son de verdadera importancia, no sólo por su mérito intrínseco, sino por lo que significa. Hasta nuestros días la poesía española ha sido poco subjetiva, poco *lírica*, en el sentido técnico de la palabra. El elemento épico, lo exterior, ha dominado en ella, salvo raras excepciones (nuestros poetas místicos, por ejemplo). Con Zorrilla puede decirse que ha muerto aquella especie de poesía. El cantor de *Granada* se llevó al sepulcro la llave de oro que abría, para el lector, los mundos de la tradición y de la leyenda. Ya no nos interesan, ni conmueven las quejas de los trovadores al pié del castillo roquero, en cuya gótica ventana suspira, al rayo de luna, la enamorada doncella... Ya los arneses, las marlotas y los alqui-

celes son *chirimbolos* que nos hacen sonreír, con la sonrisa de hombres viejos que contemplan los juguetes de su niñez.

Ahí están, en prueba de lo que digo, los cinco tomos de leyendas publicados recientemente por Cano y Cueto, en los cuales abunda mucho de aquéllo y donde, no obstante encontrarse hermosas descripciones, cuadros ricos de color, escenas dramáticas, versos fáciles y sonoros (todo lo cual hubiera sido tal vez hace treinta años objeto de grandes elogios), apenas nos inspira ahora fría curiosidad. El mundo que hoy nos interesa, es el mundo interior. El estado angustioso de nuestro espíritu, la duda que emponzoña nuestra vida, nuestras vacilaciones, nuestras fugitivas esperanzas, nuestros desengaños, todo ese vivero de nuevos sentimientos y de nuevas ideas que fermenta y germina en los corazones modernos, nos hace mirar con indiferencia la belleza que nos rodea. Como el personaje de la novela Huisman Arebours, parecemos fatigados de la *monotonía* de la naturaleza.

Este estado de las almas modernas, que ya se manifiesta en Espronceda, Pastor Díaz, Tassara, Larmig, Becquer... y entre los vivos en Núñez de Arce, cuando lamenta con viri-

les acentos la pérdida de la fe y el triunfo de la duda; en Campoamor, en cuyos poemas y *doloras* se siente como el eco de la filosofía moderna; en Balart, llorando sus dolores más íntimos, explica, sin necesidad de otros ejemplos, la evolución de la poesía moderna.

Poesía del corazón, tierna, conmovedora, melancólica y cristiana; eco sincero de un alma noble, tal es el contenido de *La Caja de Música*, título de un libro de versos que acaba de publicar Ricardo Gil. ¡Cuántas veces al leerlos vienen lágrimas a los ojos!... Desde las poesías íntimas de Querol desde su conmovedora *Nochebuena* y sus no menos conmovedoras *Cartas a María*, composiciones en las cuales parece respirarse el sano ambiente de un hogar formado por el trabajo y ennoblecido por la fe, no recuerdo haber leído en castellano nada tan conmovedor, tan delicado, tan íntimo como los cuartetos que llevan por título *Los juguetes de la abuela*. Gracia candorosa en la descripción de *La turba de ángeles traviesos*; honda melancolía en el contraste entre el gozo de los niños y los dolores de la abuela, y delicadeza que recuerda a Víctor Hugo en el rasgo felicísimo con que la composición termina... De todo

eso hay en aquella hermosa poesía. Al leerla, la sonrisa se mezcla con las lágrimas.

Otras muchas composiciones muestran que el señor Gil es un verdadero poeta. Bellísimas son las que empiezan: *Busqué del pobre niño*; la titulada *Parábola del Sembrador*, la *Carta íntima a Alejandro* y la dedicada a la *Rueca*.

A los versos de Ricardo Gil pueden aplicarse los de Querol:

«La poesía
solloza en la olvidada sepultura,
y en los humanos duelos,
con la tendida diestra,
a toda angustia inconsolable, muestra
la eterna ley de los abiertos cielos».

ZEDA

«REVISTA CONTEMPORANEA» (1)

«LA CAJA DE MÚSICA», POESÍAS POR RICARDO GIL. — MADRID.

LA ESPAÑA EDITORIAL. EN 8.º, 226 PÁGINAS: 3 PESETAS.

Para los que no conocían el tomo de versos titulado *De los quince a los treinta*, que publicó hace años Ricardo Gil, el autor de *La Caja de Música* resulta un poeta nuevo; para los que de antiguo le admirábamos confirma hoy nuestras esperanzas. Como Ricardo Gil es realmente modesto y no mendiga bombos en la Prensa, ni organiza veladas en honor suyo, la gente que no para la atención

(1) 28 de Febrero de 1898.

más que en lo que bulle y alborota, *no ha oído sonar* su nombre. Pero cuando maestros como Balart y el P. Francisco Blanco García, hacen de *La Caja de Música* grandes elogios; y los periódicos, por esta vez espontáneamente, copian sendas composiciones, prueba que el libro es notable de veras. También nosotros reproducimos una y en el próximo número reproduciremos otra mucho más extensa, porque para las personas entendidas no cabe mejor aplauso que darles a conocer algo del volúmen. Resistimos a la tentación de copiarlas todas, porque no se queje el editor, que es digno de premio por haber logrado que Ricardo Gil le facilite los frutos de su peregrino ingenio, y de severo castigo, porque trabajos de tanta valía merecían buen papel y estampación más cuidada.

Entramos un día de este mes en el despacho que en Fomento ocupa otro poeta de gran talento y no menos modestia, Gonzalo de Castro, y cosa rara en él—que es vivo testimonio de que se puede ser hombre de fantasía lozana y excelente oficinista,—leía entusiasmado *El Imparcial*.—«¡Esto se llama escribir bien, esto es ser un poeta!»—Cogimos de sus manos el popular diario, que honraba

sus columnas con el *Preludio* de *La Caja de Música*.

Acertó Gonzalo de Castro: en la obra de Ricardo Gil todo es hermoso. Léanla los que aún sienten afición a la poesía, los que sepan conmoverse con los pensamientos delicados, originales y profundos. Todo en ella es simpático. Los que conocemos las desdichas que abruman a un hombre de gran corazón y clarísima inteligencia, Alejandro Harmsen, que vive en la hermosa ciudad de Alicante consagrado al culto de sus muertos y abiertas las manos para acudir al socorro de todo necesitado, hemos sentido asomarse las lágrimas a los ojos al leer la *Carta íntima* que le dirigió Ricardo Gil en la *Noche Buena* de 1894.

¡Bien haya el poeta que cree y espera y ama al morir un siglo en que muchos, ansiosos de originalidad y faltos de inspiración, se muestran cansados de la vida, enójense con la sociedad porque ésta no les da cuanto le piden y maldicen de todo!

ALVAREZ SEREIX

LA CAJA DE MÚSICA (1)

Desde que llegó a mis manos la fabricada en los soberbios talleres intelectuales de Ricardo Gil, ni una sola noche he dejado de colocarla junto a la cabecera de mi cama.

Porque vean ustedes lo que ocurrió la primera, en que me quedé dormido apenas vibraba en su cilindro la última nota de su *Tristitia rerum*, impregnada de aquella sublime y dulcísima melancolía que dió tonos de lamento angélico a la *Improperia* del inmortal Palestrina.

Soñaba en los difíciles tiempos de mi ju-

(1) «Barcelona Cómica».

ventud, en que las más plácidas ilusiones eran éter que se volatilizaba a las altas temperaturas de la contradicción. Y aconteció, que, entre desmayos y vehemencias de ese sueño y en una de las sacudidas nerviosas que abrían el cielo de todas las esperanzas o me precipitaban en las simas del aniquilamiento, toqué involuntariamente uno de los registros de la caja. El cilindro comenzó a dar vueltas, brotó el sonido y desperté entre la bruma de la más delicada melodía.

Escúchenla ustedes conmigo, a ver si sienten en su espíritu las filtraciones de beatífico consuelo que se operaron en el mío:

«No despiertes aún... En los risueños
abriles tan cercanos a tu cuna,
vas cabalgando al rayo de la luna
en el corcel nevado de los sueños...
Suelta la rienda de oro... Los pequeños
te atajarán con crítica importuna...
Déjalos que, envidiando tu fortuna,
rían de tus quiméricos empeños.
De paso vas... Del éter estrellado
no descieras a un mundo miserable
que todo sueño en lágrimas disuelve...
¡Antes se pierda tu corcel nevado
en la noche callada, impenetrable,
de esa región de la que nadie vuelve!

¡Qué morfina tan pura la de esa música para calmar los dolores del alma!

En qué laboratorio la cristalizará Ricardo Gil. Entre oleadas de luz y de perfumes, en aquel espléndido anfiteatro de la vega murciana no será, porque las notas de su poética no simulan tonos del jilguero con sus dulces brindis a la aurora, al rocío y a los abrasadores idilios entre limoneros y palmerales.

No: la inspiración, el genio portentoso de Ricardo Gil, deben de funcionar seguramente bajo el toldo de nieblas de Escocia, allí, donde el cielo es más bajo de techo que en la región levantina en la que él despertó a la vida. Porque no es el poeta que vibra hacia fuera, sino el elegíaco que siente hacia dentro. No anega con torrentes la luz; pero inunda el espíritu, hasta en sus más recónditas sinuosidades, con raudales de sana filosofía.

Escúchese, sinó, esta nota de su poética, siempre, honda y didáctica que, anoche mismo, al poner nuevamente el dedo en el registro; *La Parábola del Sembrador*, surgió de su *Caja de Musica*.

«Quien tenga oídos a mi voz los abra,
Pues hablo a todos. En verdad os digo
que así caerá en vosotros mi palabra
como en la tierra el trigo».

«Pero aquel labrador que al surco envía
la dorada semilla, bien sospecha
que no de toda en suspirado día
cogerá igual cosecha».

«Porque un grano cayó junto al sendero
y otro en estéril pedregal, y daña
quizás a aquél la planta del viajero
y al otro, la cizaña.

.
.

Arrojad en las almas sin recelo
la semilla que encierra su destino...
mientras sembrando estrellas por el cielo
vemos pasar al sembrador divino.

Ricardo Gil, el primer poeta de las pos-
trimerías de este siglo, el primero, sí, porque
es el poeta de las sensaciones augustas y de
la corrección más exquisita, se nos ha revela-
do con una personalidad que a ninguna otra
se parece, y, sin embargo, aunque sus mode-
los los tiene en la propia entraña, ¡cómo re-
cuerda, a veces, sin que él siquiera lo imagi-
ne, pues todo en él es original, a Heine y a
Gustavo Bécquer!

A aquél cuando canta:

Con el vago ropaje que vistes
y que toma el color del deseo;
¡oh, dicha! si existes,
¿en dónde te ocultas que nunca te veo?

A éste:

Con la primera aurora
de la estación templada
el aire azul se puebla
de mariposas blancas.
Entre los altos robles
en luminosa ráfaga
navegan despidiendo
relámpagos de plata.
Su vuelo no es activo,
la estrella es para el águila,
para las mariposas
la flor entre las zarzas...

Y como si hubiera de transportar al diapason de estas pobres cuartillas mías toda la armonía que encierra la maravillosa *Caja* de Ricardo Gil, tendría que vaciar en ellas su oro cuajado de riquísima pedrería, y, ésto, ni aún el poeta podría agradecermelo, he de terminar dando a conocer la nota de su *Esperanza*:

Con cuatro tablas negras labró la muerte avara
el ataúd estrecho, cerrado lentamente,
donde sus restos pálidos deposité yo mismo.
Abismo sin orillas ni fondo nos separa...
Con cuatro tablas negras he de formar un puente
que cruzará el abismo.

Y ahora que vengan los dorados gusanos

de la literatura diciéndonos que la forma poética está llamada a desaparecer.

La ignorancia y la impotencia siempre tienen a mano este socorrido pleonasma.

¡Callen los ineptos! Y entonemos nosotros un entusiástico *Te Deum* ante las aras del Parnaso español.

LUIS SIBONI

CRÓNICA GENERAL (1)

Que don Ricardo Gil era un poeta original y de hondos sentimientos, ya todos lo sabíamos. Pero ¿habría acertado en su nuevo tomo de poesías *La Caja de Música*? La unanimidad de los elogios nos lo hizo dudar hasta que leímos el libro. ¡Son tan sospechosas esas explosiones de alabanzas que, como obedeciendo a una consigna, parece obedecer a una batuta directora!... Pero esta vez, a nuestro juicio, han sido justas; diremos más: *La Caja de Música* es uno de esos libros que sólo se dan a luz de tarde en tarde: es un her-

(1) Artículo de «La Ilustración Española y Americana»: 22 Marzo 1898.

moso ramo de flores olorosas que recrean la vista y embalsaman el alma: siendo todas sus páginas delicadas y poéticas, no hay monotonía, sino riqueza y variedad; por cualquiera parte que se abra el libro, se encuentra algo bello: y tiene otra cualidad: sus versos conmueven al hombre más duro, y pueden ser leídos por las niñas.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN

CRÓNICAS (1)

RICARDO GIL

¡O h, sí! Este es poeta de veras. ¡Este es de los nuestros! No voy a hacer crítica de su libro, ni mucho menos; no soy de esos. Pero sí quiero, con la autoridad que me dan cuarenta años de hacer versos, celebrar la aparición de un poeta nuevo, porque van siendo raros.

El que dice lo siguiente, no necesita recomendaciones:

Abierto está el piano...
Ya no roza el marfil aquella mano

(1) Artículo de «El Liberal de Madrid», 10 Marzo 1898.

más blanca que el marfil.
La tierna melodía
que a media voz cantaba, todavía
descansa en el atril.
En el salón desierto,
el polvo ha penetrado, y ha cubierto
los muebles que ella usó:
y de la chimenea
sobre el rojo tapiz, no balancea
su péndola el reló.
La aguja detenida
en la hora cruel de su partida,
otra no marcará.
Junto al hogar, ya frío,
tiende sus brazos el sillón vacío
que esperándola está.
El comenzado encaje
en un rincón, espera quien trabaje
su delicada red...
La mustia enredadera
se asoma por los vidrios, y la espera
moribunda de sed.

Quien siente así es poeta desde que nació,
y aunque no hubiera ido a la escuela, ni su-
piera una palabra de retórica y poética, ha-
ría sentir a sus lectores y sería eternamente
poeta.

No es de los que llaman ahora escultura-
les, ni usa desplantes ni palabras huecas, ni
hace versos por hacer versos, al sol y a la lu-

na y a las palomas y a los gorriones. Hace poesías. Es artista. Con un vocabulario reducido y sencillo, con pocas palabras bien dichas, se mete en el corazón del pueblo.

Con el pueblo siente cuando dice ésto:

El día en que las madres a sus hijos
no enseñen a rezar,
el día en que de Dios junto a la cuna
no les hablen, ¿de qué les hablarán?
Seca, Señor, los pechos de esas madres
que la vida del alma no han de dar...
¡Para nutrir el cuerpo
bastan las fieras que creaste ya!

Es un poeta triste, sin sensiblería ni falsas lágrimas. Su sinceridad es evidente. Cuando expresa sus penas, las dice de un modo tan sentido y natural, que no parece sino que se debiera decir siempre así:

Con el vago ropaje que vistes
y que toma el color del deseo;
con tu risa que alegra a los tristes,
¡oh, dicha!, si existes,
¿en dónde te ocultas que nunca te veo?

Hay momentos en que al leer los versos de este poeta, se crée oír a Gustavo Bécquer:

Con la primera aurora
de la estación templada

el aire azul se puebla
de mariposas blancas.
Entre los altos robles
de luminosas ráfagas
navegan despidiendo
relámpagos de plata.
Su vuelo no es altivo,
la estrella es para el águila:
para las mariposas,
la flor entre las zarzas...

Recibí el libro ayer, y lo leí de un tirón, que es lo que sucede con los libros interesantes; y lo leí con verdadero placer; y es de los que se léen dos y tres veces; de esos que se tienen siempre a mano, y que, en momentos de desencanto o de secreta melancolía, se hojéan como si quisiera uno hablar de cosas íntimas con un amigo...

La aparición de este poeta en el mundo literario, me hace el mismo efecto que si me dijeran: — «Ahí está un jóven que dice que viene por primera vez a Madrid y que es pariente de usted»...

Y, al verle, me encontrara con un jóven en plena fuerza de la vida, de simpático aspecto y presencia atractiva, y que me trajera una buena noticia. Con su conversación olvidaría los aburrimientos y fastidios de la vida

corriente, y le abrazaría como a cosa propia.

Ricardo Gil. tú eres de la familia. ¡Bien
venido seas!

EUSEBIO BLASCO

POR LEVANTE (1)

MURCIA

Hace más de veinte años que el periodista poeta está haciendo vibrar todos los días estas impresiones gratas y suaves en el espíritu murciano bien templado para ellas. Estas fértiles orillas del Segura son tierra de poesía, como las nuestras del Turia, de una poesía serena y acariciadora. En los fastos literarios de Murcia, abundan los nombres ilustres; para hablar solamente del siglo último, son gloria suya (poetas todos ellos apacibles en el fondo, galanos y correctos en la forma)

(1) «Las Provincias» (Valencia) 9 de Enero 1905.

el ingenioso Selgas, que cantó las flores, las aves y las brisas, sin asomo de cursilería pedantesca; Antonio Arnao, que no era tan original ni tan inspirado, pero igualmente lozano, igualmente dulce y bien equilibrado en el pensar y en el decir; Julián Romea, en que la gloria de la escena eclipsó la fama que merecía como poeta, y que lo mismo en sus versos que en su celebradísima manera de declamar, puede decirse que fué la corrección personificada; y muertos aquellos ingenios, tiene aún Murcia, para orgullo suyo, a Federico Balart, el primero quizás de los poetas que nos quedan en España: Federico Balart, cuya alma sacudieron los vientos de tempestad que hoy perturban el mundo de la inteligencia; pero halló en el fondo de su corazón la dulzura afectuosa, que parece ambiente propio de su país natal, ante el cadáver de su santa esposa, a cuya memoria ha consagrado versos inmortales. Dicen que la excepción confirma la regla; no entiendo bien esta máxima, algo anfibológica, pero cabe aplicarla a nuestro caso, pues en Murcia se ha criado el poeta insigne que con más dura tensión ha estremecido los nervios y ha oprimido el aliento del público, sugestionado por los horrores fantásticos que ante él despliega con

extraña fuerza creadora. No necesito nombrar a Echegaray.

Esto pensaba yo, mientras un ordenanza de *El Liberal* de Murcia, me acompañaba a casa de Martínez Tornel. Era éste, y aún es, a más de periodista, librero. En la calle de la Platería, centro y corazón de la ciudad, tiene su librería, montada a la antigua, que para tener por completo, aspecto de antaño, reúne en muy sosegada tertulia, a la gente de letras de la ciudad. Allí encontré detrás del mostrador, despachando sus libros y atendiendo a sus tertulianos, a quien miraba yo como el *genius loci* de Murcia. Allí conocí a alguno de los «intelectuales» que más honran hoy a aquella ciudad, donde el pensamiento no está tan dormido como parece, aunque no sue- ne muy alborotado; y tuve la grata sorpresa de encontrar a un poeta de veras, a quien tenía vivos deseos de conocer de *visu* y de trato, pues, «intelectualmente» por sus obras ya le conocía bien. Hablo de Ricardo Gil, que por la hermosura y por la índole de sus versos, dulces y sentidos, puede figurar sin demérito, al lado de los otros poetas antes mencionados.

Cómo conocí «intelectualmente» a este poeta, creo haberlo dicho ya a los lectores de

Las Provincias. En uno de mis viajes a Madrid (hará de ésto cuatro o cinco años), entré, como de costumbre, en la librería de Fernando Fé.—De versos ¿tiene usted algo nuevo»? le pregunté.—«Muy poco», me contestó.—«Poco, pero bueno; vea usted ésto», repuso Núñez de Arce, que allí estaba, alargándome un ligero volúmen. Titulábase *La Caja de Música*, y estaba firmado por Ricardo Gil. Díjome don Gaspar que este poeta, hijo de Murcia, se había dado a conocer con otro libro, publicado años antes y que se llamaba *De los Quince a los Treinta*. Revelaba aquella obra a un buen poeta: pero no llamó la atención pública: Balart, paisano de Ricardo Gil, había patrocinado a su autor, conociendo lo mucho que valía, y *La Caja de Música* estaba siendo en los círculos literarios, la pública revelación del nuevo poeta. Comencé a hojear con avidez allí mismo aquel libro, y aquella noche leí y volví a leer con grata fruición sus breves páginas. Al fondo del alma me llegaban la mayor parte de aquellos versos de pulcra y bellísima forma (sin asomo alguno de ya imperante modernismo) de expresión natural y sentida, e impregnados casi siempre en la tierna poesía, que nace del corazón, íntimo y exquisito; eso

me pareció Ricardo Gil, como poeta. Estos poetas no suelen hacerse populares, pero son el encanto de los espíritus delicados que se sobreponen a la multitud vulgar.

Tampoco tiene Ricardo Gil, para impresionar a la gente (hablo ya del hombre) «fachada de casa grande» como suele decirse. De aspecto modesto, silencioso, pero expresivo, hay que tocarle la cuerda sensible para que en la intimidad dé rienda suelta a sus fantasías, a sus ilusiones, a sus proyectos, también a sus contrariedades. ¿Cómo no ha de tenerlas un poeta de veras, enemigo de todo convencionalismo, impropio para la pose, de aquellos que quisieran encerrarse en «la torre de marfil», cuando en nuestros días les falta ambiente en que respirar? *La Caja de Música* le abrió las puertas de la celebridad; pero él no lo cree así, y teme dar otros pasos en lo que llamaban los clásicos «la áspera senda del Parnaso», no estando tampoco muy seguro de la orientación que hoy debe tomar la poesía. Algo sin embargo, me indicó de planes que ha trazado, y que yo no debo revelar.

Para mí fué agradabilísimo el encuentro de Ricardo Gil, y mucho más por hallarle en compañía de un querido amigo mío, el carta-

genero Adolfo Herrera, buen marino, como sienta bien a un hijo de la antigua «Cartago nova» cultísimo hombre de letras, y «especialidad» en materias arqueológicas, condición que le abrió las puertas de la Academia de la Historia. El poeta murciano es cuñado suyo, cosa que yo ignoraba; habian pasado el verano en Santa Pola y estaban en Murcia, de paso para Madrid, donde residen.

.

TEODORO LLORENTE

LOS GRANDES MAESTROS

RICARDO GIL

Todo aquel que haya nacido oyendo hablar pésimamente de los gobernantes y con regocijo de las fiestas de los toros, y con esto dicho se está que hablo de españoles, se sabe de memoria a Ricardo Gil, para eterna desesperación de los siempre cejijuntos pesimistas, quienes aseguran que el haber nacido en España presupone aborrecimiento al lenguaje de los dioses.

No hay tal, por dicha. Gustan los españoles de los versos, y así los producen en cantidad asombrosa, pues uno de nuestros peores

achagues es suponer existe poesía donde hay renglones cortos y disputar *incontinenti* por inspirado vate al primer zascandil que se entra por el terreno de la Rima adelante, con más empuje y más poco juicio que tenía el noble Hidalgo al aventurarse por «el antiguo y conocido campo de Montiel». ¡Dios y qué enjambre de Quijotes malaventurados cierra contra los molinos de viento de la rima! De ahí los percances que no pocos lamentan y las magulladuras por muchos recibidas y lloradas.

Quiere decirse con ésto, que por acá no somos amantes exclusivos de las prosas, según se dice por no pocos prosadores, antes al contrario, pues mientras prosistas excelentes viven casi desconocidos, muchos acólitos humildes del templo de las Musas, se granjean gran renombre y si no baten oro con la desmañada pluma, lo atesoran, que para ellos viene a ser lo mismo, y desde luego lo interesante.

Así, pues, cuando encierran los versos tanta y tan conmovedora poesía como los del, por tantos títulos, ilustre Ricardo Gil, se los acoge con el propio regocijo que nota el buscador de oro al hallar entre las sucias arenas la pepita refulgente. En el breñoso campo

de la poesía española contemporánea, la poesía de Ricardo Gil es copudo roble, albergue de parleras avecillas y en cuyo ramaje modula el viento rumores misteriosos: es manantial purísimo cuyas aguas ríen a veces y a veces suspiran en su blando resbalar por entre juncias y espadañas. El caminante, necesitado de olvido, lo bebe en las puras linfas del manso raudal, muy diferente a las amargas ondas de aquel río fabuloso. El rumor apacible de la corriente amansa, como la música a las fieras, las pasiones...

Primoroso artífice, las joyas del gran artista, no pecan (como otras muchas de muchos y muy celebrados ingenios), de abundantes en adornos inútiles, reunidos de industria, calmosamente y que son como flores secas, sin matices y sin fragancia. Tal artificiosa costumbre, muy del gusto de no pocos versificadores, tenidos por poetas, no agrada a Ricardo Gil: su Musa es mozuela hermosa, adorable, que ataviada naturalmente, no solicita composturas aborrecibles; adornan su noble sien flores de los campos, no «caras preciosidades» impuestas por nocivo lujo. Es hermosa de por sí, no hermosa por adornos postizos: huele a violeta, la fior humilde y de los humildes... ¡A quién, si no es a un loco

de remate, se le ocurre engalanar con espléndidos collares y arracadas costosísimas, la Venus griega? Pues eso hacen muchos vates españoles...

Los versos del gran poeta nacen armoniosos, dulces, con la serena majestad del mármol griego; son flexibles y en ellos palpita un alma; no son a modo de imágenes rígidas, angulosas, duras, en las que por bajo de preciadas vestimentas se adivina el tronco, de donde han salido, antes se asemejan a maravillosa obra de arte, cuya contemplación suspende el ánimo...

No es Ricardo Gil de aquellos quienes miran, remiran y pulen un verso cien veces, y al cabo lo truecan por otro, otras tantas: es naturalísimo de suyo y no por afectación. Es éste uno de los méritos que le adornan y no el mayor ciertamente, con ser muy grande.

Original, como pocos; tierno, cual ninguno; aquí, triste; allí, risueño; acá, malicioso; acullá, pensador profundo; en este sitio, volando a ras de las flores; en estotro, remon-tándose con vuelo de águila, nuestro poeta es poeta siempre y siempre melodioso, puro, correcto: en tal modo, que diríase es la forma ductilísima y se adapta dócilmente a los pensamientos del poeta, quien camina con

notable desembarazo entre los escollos de la rima. Su sol no tiene jamás nubes.

Bien dice de la última obra del gran artista, otro poeta, Emilio Ferrari (no tan grande, aunque muy acertado en ocasiones), en los versos que aquí reproduzco, porque retratan maravillosamente el arte de Ricardo Gil y por terminar con algo sabroso este desabrido articulejo:

Tu libro es dulce y grave, tierno y hondo;
tu inspiración es íntima y sincera,
quien se asome a tus versos, en el fondo
hallará reflejada un alma entera.

.

y es tu obra en ella manantial tranquilo
que de las altas cúspides procede,
y en el inmenso mar vierte hilo a hilo
un agua pura, que beberse puede.

¡Cuánta verdad! ¡Atinadísima pintura!... Lector, sacia la sed del arte en ese raudal sereno, en el agua cristalina que *beberse puede*, mientras que el oído, avizorado, crée percibir coro de besos, ténues suspiros, misterioso resonar de amantes voces, apagados lamentos, discretas risas... Junto a la corriente vive la buena hada; heroína de aquellas dulces narraciones con que nos suspendía el

ánimo una noble anciana, en las interminables noches del invierno, cuando batía la lluvia los cristales y en el hogar crepitaban los leños y sacudían su cabellera de llamas...

AUGUSTO VIVERO

LA CAJA DE MÚSICA (1)

Nosotros, en Italia, nos ocupamos y preocupamos ámpliamente de la literatura y del arte francés, y está bien; no nos desinteresamos de lo que produce, en los campos de lo bello, el genio tudesco y el inglés; están de moda, hoy, las novelas rusas y los dramas escandinavos; conocemos también, así así, a dos o tres americanos; pero de los españoles, nuestros más íntimos hermanos en latinidad, más íntimos aún que los mismos franceses, y cuyo arte glorioso es sin duda el más naturalmente afin al nuestro, y cuya lengua se

(1) Ricardo Gil. — «La Caja de Música». — Madrid. La España Editorial. 1898. — 226 páginas.

puede aprender, comprender y gustar por nosotros en unos meses, es muy raro que se diga alguna palabra en nuestras revistas de cultura común. Y ésto, además de ser mezquino, es injusto y seriamente perjudicial a nuestra educación estética y al desarrollo armónico de nuestro gusto: el cual, cuando por equivocada cobardía de la retórica y del academicismo se esfuerza en arrecirse en la pálida y descarnada fórmula metafísica del nebuloso septentrión, no se desnaturaliza sólomente sino que se suicida; y no consigue sino crear algunos abortos monstruosos, que pocos *snobs* llevan a los siete cielos en sus conciliábulos clandestinos, mas de los cuales los espíritus libres y sanos sonríen irónicamente o clamorosamente se indignan.

Por ésto, yo que execro la triste profesión del bibliógrafo patentado, obligado a sustentarse día por día, con lo poco de bueno, de nuevo y de sustancioso, aunque con lo mucho de mediocre, y de trillado, y lo muchísimo de cretino que, con fuego continuo produce el arte y la industria literaria de nuestro país; yo, digo, que escribo con gusto en una revista extranjera acerca de cuanto de mejor viene de fuera de nosotros, y con más gusto todavía, de vez en cuando, me ocupo en

nuestras revistas, de cualquier libro extranjero.

¿He dicho extranjero? He dicho mal. La obra buena nunca es extranjera para mí; como, por otra parte rehusaré amparar con la bandera italiana la obra mala que se produce entre nosotros: niego la patria a los necios, como la niego a los bribones y a todos los indignos de tener una.

Ricardo Gil, por consiguiente, es nuestro compatriota, un compatriota caro y simpatísimo; como aquellos bravos, fuertes y verdaderos (sobre todo verdaderos) pintores, de los cuales he hablado ya muchas veces con calor y entusiasmo, al reseñar en el *Pensamiento Italiano* y en la *Gaceta Literaria* las dos recientes exposiciones internacionales de Venecia.

El título de estos últimos versos suyos, *La Caja de Música*, como si se dijese *La Boite a Musique*, nos dice con modestia y con ternura el contenido fácil y ténue, la música dulce y humilde: él no canta en realidad, y lo dice en el *Preludio*, ni los altos héroes, ni las inmortales pasiones, sino, como nuestro Giorgeri-Contrì, con el cual tiene una grande afinidad de temperamento artístico, las vagas memorias, las aspiraciones indefi-

nidas, las melancolías tenaces, los vanos lamentos, y los sueños y las fantasías, y las visiones de un alma sedienta de idealidad: poesía íntima y personal, esquiva al aplauso vulgar como a la admiración académica y que tiene todo el carácter delicado de la confianza amistosa, todo el perfume afectuoso de la expansión familiar.

Técnicamente los versos de Gil son interesantes, para nosotros, sobre todo por las combinaciones desusadas en nuestra poesía, de los versos en las estrofas, y por los nuevos trenzados de las rimas y el amplio uso de la asonancia, notorio entre nosotros sólomente en la poesía popular y antigua; y notable, después, por la singular sobriedad del diseño y del color, rara en el arte de su país, con la cual él evoca paisajes e interiores, escenas y figuras: sobriedad fina, y, que aquí y allí, da casi un aspecto un poco abstracto y esquemático a lo que él dice. Estrofas descriptivas, ricas de luz y sombra, sin embargo, y de relieves y de hechuras: lo he notado mucho en este bello libro, y particularmente en *La rueda*, evocación feliz de las naves oscuras y silenciosas de un templo; en *Mariposas blancas*, toda pequeños paisajes animados por mariposas estivas y por lentos copos de nie-

ve; en *Náufragos*, negra y pavorosa tempestad entre cielo y mar.

Del sentimiento que anima esta poesía hice ya indicación: nada de retórico o de concitado, pero nada de frío o de rígido: una tristeza quieta y benévola predomina, difusa, en frecuentes recuerdos de una muerta amada, de la cual, en *Tristitia rerum* el poeta visita lagrimeando el saloncito taciturno y abandonado; en *Memento* vuelve a encontrar, disecadas en un viejo libro latino las flores evocadoras; en *La hoja de rosas*, recuerda, con desgarró, la muerte y el funeral y el adiós último. Y junto a este lamento amargo, que serpea insistente por el libro, la desilusión del amor no correspondido, que da en el acre epigrama como en los cuatro versos de *Silencio* o en la escéptica narración de *Jurar en vano* o en el relato abatido como en *Sorpresa* o en la emancipación como en *Mi lazarillo*. No falta, si bien rara y sumisa, la nota buenamente humorística o la sátira cortés y fiel sin duda: he aquí la una en *El retrato*, historieta muy linda; la otra en *Duelo interrumpido*, grácil juguete alegórico.

Pero la verdadera musa de Ricardo Gil es la musa severa del pensamiento, y su poesía

es soberanamente intelectual; su verso alguna vez pinta o esculpe, su estrofa palpita o gime, pero, dentro, la mente que la dicta, piensa y razona; y en los cuartetos dodecasílabos (un metro desusado entre nosotros) *De paso*, compara, viajando en el tren, la ciudad rumorosa y agitada, con la campiña libre y tranquila; en el yambo *El convidado de piedra*, espía en la fiesta de un alegre banquete al espectro del hastío que adivina a distancia, que se presenta, que llega, que se desliza tras el cortinaje, que se sienta sin ser un invitado, pero inevitable entre los comensales; canta en los ágiles senarios y en los decasílabos dedicados *Al maestro Balart* el poder consolador del arte, que vence a la muerte misma y perpetúa en el bronce inmortal el alma cara; filosofa en torno a la poesía y a la virtud del dolor, en la canción-sueño *Morfina*, por boca del bíblico Job; escucha hablar a la tradición anónima e impersonal, a la buena anciana de las narraciones maravillosas y de las resurrecciones fantásticas, en los setenarios y en los cuaternarios alados de *El adiós de la leyenda*; piensa en la noche profunda, mientras la dulce mujer duerme a su lado, en la vejez que curbará entrambos y en el afecto pío que sobrevivirá a las trenzas blon-

das y a las rosadas mejillas, *Para siempre*; y resuelve en la safica *La parábola del Sembrador* los altos problemas, la eterna ansiedad de la vida y del mundo, del presente y del porvenir.

Pero el reino del ideal, como misión de lo trascendente, de lo sobrehumano está iluminado por Gil en *Agua fuerte*. El se prueba, y no vanamente, en el género macabro e infernal, describiendo la invención satánica de la pólvora; mientras en *Vidriera* pinta y esculpe, la vasta catedral marmórea, de delgadas columnas, ilustrada por fúlgidos ventanales de colores, por visiones gloriosas de arcángeles y santos esplendentes: y recorre con la mente extasiada, los soñados horizontes distantes de Galilea, contemplando al divino Profeta de Nazaret, al Verbo profundo y sencillo, de la Buena Nueva de amor y de paz que él desde allí anunció un día a la gente...

Pero he aquí la *Ultima sonata*: el cilindro gira ahora lento y sosegado, la voz de la caja languidece en sus últimos acentos, la sonata se extingue en el silencio; ignorante e indiferente a los aplausos, feliz habrá despertado un eco en el fondo de las almas evocando el

perfume de una flor marchita, poniendo un
deslumbramiento fugaz en una mirada bon-
dada de soñador o de enamorado.

MARIO PILO

INDICE

INDICE

	<u>Páginas</u>
I Al Excmo. Sr. D. Alejandro Harmsen y García.	5
II Preludio.	7
III Aguafuerte.	11
IV De paso.	17
V Tenacidad	21
VI El convidado de piedra.	23
VII Tristitia rerum.	27
VIII Sueña...	31
IX El retrato	33
X Memento	41
XI Esperanza	45
XII La rueca	47
XIII Mariposas blancas	51
XIV Mi único enemigo	55
XV Vidriera	57
XVI Va de cuento.	63
XVII Silencio.	69

	<u>Páginas</u>
XVIII Busqué del pobre niño sordomudo, etc.	71
XIX Al maestro Balart.	75
XX Consejo	81
XXI Morfina	83
XXII Besos perdidos.	91
XXIII Duelo interrumpido.	95
XIV Los juguetes de la abuela.	97
XXV Entierro.	107
XXVI Prudencia	111
XXVII Ante la esfinge.	113
XXVIII Ultimo presente	115
XXIX Superstición.	117
XXX La canción de llamas	119
XXXI Para una kermesse.	123
XXXII Jurar en vano	127
XXXIII La hoja de rosa	129
XXXIV El secreto.	133
XXXV Oración.	137
XXXVI El testamento de Friné	139
XXXVII El adios de la leyenda	145
XXXVIII A Calderón.	151
XXXIX Sorpresa	153
XL Non est hic.	155
XLI El lirio blanco.	159
XLII Clemencia	161
XLIII Mi lazarillo.	163
XLIV ¡Para siempre!	167
XLV La parábola del sembrador.	171
XLVI Perlas	179
XLVII Náufragos	181
XLVIII La estatua caída	185

	<u>Páginas</u>
XLIX Bondad.	193
L A Alejandro.	195
LI Última sonata.	205

APÉNDICE

A Ricardo Gil	209
Leyendo...	213
Una carta de Balart.	215
Ricardo Gil.. . . .	221
La Caja de Música.	225
«Revista contemporánea»	231
La Caja de Música.	235
Crónica general.	241
Crónicas.	243
Por Levante.	249
Los grandes maestros	255
La Caja de Música.	261

ERRATAS

<u>Páginas</u>	<u>DICE</u>	<u>DEBE DECIR</u>
15	<i>ya</i> el fraile...	<i>yace</i> el fraile
37	No me <i>engañó</i>	No me <i>engaño</i>
42	Cuando <i>en</i> tus	Cuando <i>a</i> tus
58	formas que <i>inspira</i>	formas que <i>inspiran</i>
79	...y del <i>cierno</i>	...y del <i>cieno</i>
80	que por ella tu senda	que por ella <i>en</i> tu senda
81	... <i>tmidos</i>	... <i>tímidos</i>
84	... <i>devorá</i>	...devora
92	... <i>lenguas</i>	... <i>luengas</i>
103	mientras huía	mientras huían
164	...ven la noche	ven <i>en</i> la noche

